

ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero
4 PTAS
BANDOLERO Y TROVADOR

En una Córcega codiciada por genoveses y franceses, gobernada por diversos nobles y sometida al imperio de diversos bandidos se nos presenta a las señoras de Montemar, la altiva Altiera y la más joven Alicia. La primera gobierna con mano firme aunque sabe del peligro de Dago corsi, feroz caudillo de los Hermanos Corsos, una horda de delincuentes organizados. La segunda, Alicia, está fascinada por la personalidad de Corsi —seductor, satánico y atractivo—, al que casi nadie ha visto nunca.

En ese contexto se nos presenta la figura de Luys Gallardo, un trovador español que ha llegado a Córcega casualmente y que ha convertido en su escudero a Bembo, un rollizo piamontés. Luys es simplemente un galante aventurero, para quien cantar madrigales en busca de un amor y pelear con alegre ferocidad, constituía la razón de vivir y ser.



Arnaldo Visconti

Bandolero y Trovador

El Galante Aventurero - 01

ePub r1.0
xico_weno 12.08.16

Título original: *Bandolero y Trovador*
Arnaldo Visconti, 1949
Ilustraciones: Jaime Provensal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ARNALDO VISCONTI
El Galante
Aventurero


BANDOLERO
y
TROVADOR

CAPÍTULO PRIMERO

DAGO CORSI.

Continuamente invadida y abandonada por mesnadas de mercenarios al servicio de distintas naciones, Córcega, la bella isla mediterránea, gozaba unos instantes de calma en los albores del siglo XVI.

Una calma especial, impregnada de tumultuosa libertad salvaje. Las leyes no tenían representantes con suficiente fuerza ejecutiva, y la multiplicidad de cuadrillas irregulares, levantadas en armas, daban pretexto a la chusma para, desde sus escondrijos entre la exuberante flora montañesa, descender en incursiones asoladoras al litoral.

Entre esas cuadrillas las había que eran conducidas por hombres de sentimientos generosos y finalidades puras; pero a su amparo agrupábanse hombres violentos, para quienes el desorden reinante en la isla servía de pretexto para sus latrocinios y crímenes.

Dábase el peregrino caso de que proclamando la rebelión contra el yugo extranjero y el derecho del natural de la isla a la paz hogareña, aquellas bandas daban motivo a que imperara un latente temor, porque sus apariciones eran seguidas por saqueos, pillajes, incendios y matanzas.

Diez palacios humeantes atestiguaban con sus recientes cenizas el paso de los Hermanos Corsos. Era así como se llamaba al principio, antes de que violara todas las leyes humanas, una asociación de patriotas corsos, en lucha contra el invasor genovés y francés.

Pero momentáneamente libre el suelo corso de galos y genoveses, la banda de los Hermanos Corsos antaño aclamada por la isla, habíase convertido en una cuadrilla sanguinaria bajo el

rígido e implacable mando de Dago Corsi.

Nadie conocía personalmente a Dago Corsi y, no obstante, todos hablaban de él. Era el personaje más misterioso de aquella turbulenta época, y su fama había cruzado el mar, para citarse en los principados, ducados y múltiples Marcas de que se componía en el siglo XVI el damero del territorio italiano.

Un poeta florentino afirmó en rimada trova que Dago Corsi se caracterizaba por una expresión facial que daba a sus rasgos un sello más que humano, donde alternaba la seráfica dulzura del ángel, el cruel sarcasmo del diablo y la soberbia arrogancia del dios.

El tal poeta jactábase de haber apercibido desde sitio seguro el paso del audaz bandido, al frente de su numerosa cuadrilla.

Intentó dificultosamente bosquejar la recia personalidad de Dago Corsi, aludiendo a su aspecto estremecedor, y al empaque dominador que se manifestaba en el menor de sus rasgos y ademanes.

Su prestancia, sus actitudes, su mirada imperiosa, su desdeñosa y fría sonrisa, su voz ronca, brusca y autoritaria… Pero insistió en algo muy característico: decía que Dago Corsi, a la menor contradicción, sufría un cambio fisonómico instantáneo.

Dejaba de ser su rostro el de un audaz y sanguinario luchador, para convertirse en semblante de poseso encendido en cólera, debido a la contracción de sus cejas, que formaba surcos hondos en su frente mientras sus negros ojos despedían luz centelleante…

Los malintencionados aseguraban que el poeta florentino nunca hubiera tenido el valor de fijarse con tanto detenimiento en la figura desconocida del célebre capitán de bandoleros.

Pero si Florencia, hallándose lejos de la isla corsa, podía ironizar, no les cabía tal suerte a los habitantes del castillo de Montemar.

La preocupación de los moradores del castillo, debíase a la línea de cenizas que desde el primero de los diez palacios incendiados por Dago Corsi parecía apuntar como una saeta hacia el propio castillo de Montemar.

Sucesivamente, varios espías habían ido llegando al castillo; anunciando que Dago Corsi avanzaba desde las montañas hacia el hermoso valle donde Montemar se erguía entre el lejano poblado de Bastelica y la próxima ciudad de Ajaccio.

La gente de armas que componía la guarnición de Montemar, vigilaba desde las almenas con redoblada atención. Miraban principalmente hacia la siniestra silueta del castillo de Duino, que años antes derruido por un ataque genovés, aparecía solitario en la cumbre del mismo monte.

Giovan Fierro, el experimentado guerrero corso, que había puesto su espada de capitán al servicio del difunto conde de Montemar, y que siguió velando por la seguridad del castillo, había dicho que era muy posible que Dago Corsi no se propusiera atacar Montemar, sino ocupar con su cuadrilla el castillo de Duino y desde aquel promontorio, a favor de la noche, lanzarse como un lobo famélico sobre los poblados del litoral.

Pero cuantos componían la población albergada entre las murallas del castillo, no compartían el optimismo del capitán Fierro. Formando conciliábulos que agrupaban los diversos gremios de profesión, curtidores, herreros, panaderos y cuantos artesanos dependían de la familia Montemar, aludían a la imparcial acogida que habían tenido entre los almenados muros las tropas francesas en su paso hacia el interior.

Medida prudente que también había sido seguida hacia las mesnadas genovesas, en evitación de sufrir la suerte de otros castillos que fueros arrasados. Mas, el renombre daba a Dago Corsi apariencias colosales y terribles. Era intrépido e implacable y no se detendría en consideraciones más o menos lógicas.

En cambio, los soldados bajo el mando de Giovan Fierro, confortábanse alegando que el famoso bandido que suponían galante, pasaría por allí sin atacar el castillo, que por la reciente muerte del conde de Montemar, era propiedad de dos mujeres.

Lo cierto es que empezó a reinar el pánico, cuando un pastor vino con su rebaño a pedir amparo en el castillo, asegurando que había visto personalmente, la noche anterior, errar entre las tinieblas al mismo Dago Corsi bajo las murallas semiderruídas del Duino.

Los tres puentes levadizos que daban acceso durante el día al extenso conjunto de casas que apiñábanse alrededor del castillo de Montemar, quedaron permanentemente izados. Nadie entraría en el castillo, pero a la vez, los propios habitantes se obligaban a no salir.

Quizá por rebeldía de castellana, tal vez por espíritu de dar

ejemplo de valentía, madona Altiera, la hija mayor del conde de Montemar, mandó llamar al capitán Fierro y aprobó su orden de cerrar los puentes levadizos, pero, a la vez, hizo constar que bajo ningún pretexto, ella se consideraba influida por la leyenda de invencible del bandido Corsi.

Que, por lo tanto, ordenaba que ningún soldado la escoltara, sino tan sólo sus pajes, cuando ella, como solía acostumbrar, saliera a pasear por los hermosos jardines silvestres y los bosques exteriores.

Fue Giovan Fierro a objetar, pero el severo gesto de madona Altiera, dueña y señora de vidas y haciendas en Montemar, hizo enmudecer al bravo soldado.

Las dos hermanas tenían entre si muy poco parecido. Altiera Montemar, cumplidos los veintiocho años días antes, tenía rasgos faciales de una pureza de estatua, pero también por esa misma perfección de rostro y cuerpo, aparecía investida de una austera reserva glacial.

Alicia Montemar, la hermana menor, poseía un hechicero encanto a que contribuía el grácil abandono de su esbelto talle en los menores gestos, la graciosa expresión de su infantil semblante de gordezuelos labios golosos, sus rubios cabellos de clara seda, su tez de un blancor lilial, y la luminosidad cambiante en matices del azul de sus ojos.

Acostumbrada desde la infancia a las más encontradas emociones, rodeada de cortesanos ambiciosos y guerreros rudos, había crecido anhelando siempre algo más, algo indefinible, que por el instante sólo bailaba buscando la soledad.

Cuando oyó hablar, meses antes, de la superioridad en la isla de la gente salvaje acaudillada por Dago Corsi, en su extrema sensibilidad, Alicia Montemar había llorado, porque el que primero era héroe de un ideal, habíase ido convirtiendo en un demonio cruel y criminal.

Una frase oída al pasar de boca de una anciana, había quedado profundamente impresa en su mente. La anciana citaba a Dago Corsi y a sus bandidos, para definirlos sentenciosamente:

«Son seres a los cuales el deseo de ver correr la sangre les desvela en sus cortos descansos entre lucha y rapiña, y degollarían a una mujer por apoderarse de un collar tinto en sangre».

Ambas hermanas habían recibido una esmerada educación: la música, la pintura, la lectura y el canto, tenían en ellas supremas artífices.

Cuando entre ellas conversaban, sus charlas tenían ribetes de elevada calidad. Y Altiera, mayor en diez años a su hermana, desde la muerte de su madre —acaecida muchos años antes, en el transcurso de una cacería de jabalí, y en circunstancias algo misteriosas— considerábase protectora y consejera de Alicia.

Por eso, a raíz de su orden al capitán Giovan Fierro, Altiera expresó a su hermana menor su propósito.

—… Porque vergonzoso sería que nosotras, únicas descendientes de los Montemar, demostráramos temor ante la posible cercanía de un malvado plebeyo endemoniado.

Un extraño presentimiento se había adueñado del ánimo de Alicia Montemar, desde que días antes supo que la banda de Dago Corsi parecía avanzar entre incendios vengativos hacia el castillo.

El nombre del bandido hacía nacer en su corazón un sentimiento de aprehensión y una vaga inquietud. La idea de que su destino pudiera verse mezclado con el del cruel aventurero, carecía de razón sólida y de verosimilitud, pero no obstante, Alicia de Montemar presentía que su vida iba a tomar un rumbo diferente por la proximidad de un desconocido del que la triste fama era pregón de identidad.

—Nadie sabe, Altiera, si Dago Corsi es plebeyo o noble que oculta su título, para evitar represalias en su familia por parte de los genoveses o de los franceses.

—No debes dar crédito a tantas leyendas como corren sobre ese infernal sujeto. Deja que sólo sea la gente vulgar, de pocas luces, la que preste a Dago Corsi cualidades inexistentes o inverosímiles.

—Dicen los soldados, que cien genoveses huyeron atemorizados ante la sola apariencia física de Corsi.

—Necedades, Alicia. También pretenden las mujeres de los menestrales, que Dago Corsi es joven, apuesto, galante, y que su voz es de brujo encanto. La realidad es que se trata de un bandido endiosado por la leyenda. Y también otra realidad es que ahora mismo, no por alarde, sino por imperativo de mi deseo, iré al Farnedo a recoger mirtos y rosas para las guirnaldas que tanto nos gustan, porque emanan silvestre aroma que seduce a todos los

forasteros.

—Te acompañaré —dijo Alicia, suavemente.

—No tardará en caer la noche, Alicia.

—Por eso mismo. Entre las dos, antes recogeremos las flores.

El capitán Giovan Fierro limitóse a saludar respetuosamente cuando las dos hermanas y señoras de Montemar, atravesaron el descendido puente levadizo que conducía al próximo bosque de Farnedo.

Ciega era su obediencia, tan ciega como la nativa creencia de los Montemar de que ninguno digno de este nombre, niño o mujer, sucumbió nunca al temor.

En el bosque, la ladera declinaba hacia el mar, de cuyo intenso azul, los últimos rayos solares arraigabas refulgencias tornasoladas.

Insensiblemente, demostrando con ello qué si bien en su actitud había reto, en su mente había obsesión. Altiera Montemar, cuando en el bosque hallábase recogiendo las bellísimas flores silvestres, pareció querer liberar su pensamiento de la preocupación constante que había suscitado la cercanía del bandido:

—Funesto renombre el de Dago Corsi. Es un ser funesto, por haber conseguido adueñarse de la atención de los hombres a tal precio.

—Y, sin embargo —contestó Alicia, en cuyo arqueado brazo los mirtos y las rosas iban formando ramillete—, ¿quién sabe si no es un insensato deseo de fijar la atención en ellos, lo que extravía a ciertos hombres por las sendas del crimen? Además —añadió, sin duda con la secreta intención de tranquilizarse ella misma— hay posiblemente mucha exageración en lo que se cuenta de Dago Corsi. Creo que se calumnia un poco a estas gentes turbulentas y la idea que yo tengo de la infinita bondad del Creador, no armoniza con la posibilidad de que exista un ser humano totalmente desprovisto de sentimientos, como se pretende de Dago Corsi.

—La benevolencia de tu corazón te engaña, Alicia. Es verdad que el mal absoluto repugna a la idea que nos hacemos de la justicia y de la extrema bondad del Creador, así como de la perfección de sus obras. Pero Él ha creído necesaria la existencia del demonio en la tierra, porque al lado de lo bueno y lo bello, ha colocado el mal. ¿Por qué no habría de permitir que en el mundo existan almas devoradoras y terribles, que sólo conciben

pensamientos de muerte, al igual que pobló los desiertos de tigres y panteras que beben la sangre de inocentes sin nunca saciarse?

—Bello es el tigre y hermosa la pantera.

—¿Te acuerdas de aquel buitre blanco que un cazador regaló a nuestro padre? Su forma era bella: su plumaje puro y cándido… También hay hombres así… Pero recuerda que cuando el buitre huyó de nuestras almenas para anidar en el cementerio, muchos, al verlo de lejos tan atractivo, iban a examinarlo de más cerca. Y entonces… él daba vuelta con torpes movimientos sobre sus peladas patas y posaba en el imprudente, dos ojillos escamosos, rojizos, rodeados de la fláccida piel cadavérica, como la máscara de un espectro, y la gente huía estremecida de horror y asco. Por eso mismo, estoy cierta de que en los malos, bajo las apariencias más halagadoras, se encuentra la marca indeleble que el Creador a impreso en ellos para demostrar que fueron creados para el mal.

El crepúsculo caía y las sombras invadían el hermoso bosque. Alicia de Montemar, forzando una sonrisa, replicó:

—Según tu imaginación, sabia madrecita, Dago Corsi debe ostentar una señal repulsiva que nos lo haría conocer prontamente.

—Podemos regresar, Alicia.

La noche empezaba. Una débil brisa mediterránea susurraba entre el follaje y movía sombras de arbustos y matorrales. De pronto, las dos hermanas se detuvieron…

Escuchaban inmóviles, con la respiración contenida. Una voz sonora, acariciante, melodiosa, una de esas voces de trovador que tienen el privilegio de ahuyentar las preocupaciones y de trasladar el alma a regiones de calma y perfección, cantaba una extraña estrofa:

«Las flores no crecen,
las flores se mustian,
en jardines y bosques,
donde alienta Dago Corsi».

Vieron ambas, a lo lejos, donde el bosque se quebraba en riscos y peñascos, la silueta de un hombre que envuelto en corta capa roja, vuelto de espaldas, poníase de pronto en movimiento.

No empleaba el sendero, sino que parecía volar de roca en roca como un fantasma nocturno, en saltos prodigiosos.

Llegado a un peñasco más elevado, que por su blancura marmórea se destacaba de la verde fronda, el extraño trovador, siempre de espaldas, repitió su canción, y después de un momento de silencio, lanzó un grito salvaje, tan agudo, formidable y plañidero a la vez, que no parecía proceder de humana garganta.

Casi al instante, aquel gemido de fiera herida, semejante al de un tigre que ha perdido a sus cachorros, se repitió en lugares distintos del bosque de Farnedo, hacia el Sur.

El desconocido saltó hacia otra roca, desapareciendo…

Las dos hermanas apresuraron el paso y en silencio, sin exteriorizar el miedo que sentían, caminaron con la mirada fija en los almenados torreones de la gran muralla que abrazaba el dominio de Montemar.

La altiva y austera Altiera de Montemar casi sonrió, cuando faltando media legua para llegar al puente levadizo, vio venir a Giovan Fierre al frente de diez soldados.

—Bienvenido, Giovan.

—Perdonad, Madona Altiera, pero oí un lúgubre alarido brotando del bosque de Farnedo. Dicen mis hombres que es la contraseña de Dago Corsi y por eso… salí a reconocer los alrededores.

—Regresad al castillo, Giovan. Ya veis que estamos sanas y salvas. Y os prometo que no saldremos más sin llevar escolta de pajes armados.

—Gracias, Madona Altiera.

Cuando los recios muros alejaban toda idea de inmediato peligro, y ambas hermanas cenaban, fue Altiera la que murmuró:

—¿Era Dago Corsi el hombre de la bella voz y la roja capa?

Alicia de Montemar hizo un mohín evasivo. No hablaron más del incidente. Pero en la mente imaginativa de la más joven, iba forjándose un proyecto arriesgado: regresaría a solas al bosque de Farnedo…

No sabía si era para implorar merced del cruel bandido, o para verle y oír aquella voz que con misterioso atractivo dominador seguía sonando en su corazón.

CAPÍTULO II

EL TROVADOR Y SU ESCUDERO.

Recostado contra la suave corteza de un arbusto florido, un hombre rechoncho y corpulento daba la más acabada idea del perfecto gandul.

Sus ademanes eran lentos y tan indolentes, que contagiaban pereza. Mordisqueaba entre sus dientes un tallo de hierba, que quedaba colgante de su labio inferior cuando bostezaba amplia y frecuentemente.

Sus ropas eran raídas y faltas de aseo, y también necesitaba agua y jabón su redonda faz abotarrada, donde los ojillos astutos eran el único rasgo vivaz de aquel aletargado sujeto.

A su lado, un fardo entre cuyos nudos de unión atravesábase un palo recio, podía significar el hatillo de un mísero viajero o el equipaje de un vagabundo pordiosero.

De vez en cuando, como si el esfuerzo le produjera fatiga, el rechoncho sujeto miraba a diestro y siniestro… Y al comprobar que sólo bosques, llanos, promontorios, riscos y dos castillos, uno medio en ruinas y otro izando banderas arrogantes, daban idea de vitalidad, el sentado desconocido mascullaba peregrinas imprecaciones, que conferían a la hierba que mordisqueaba, movimientos circulatorios.

Desperezóse tendiendo los brazos con extremada lentitud y a la vez monologó, según tenía por costumbre mientras duraban las ausencias del que para él constituía la imagen de un derrochador de energías:

—Yo aquí preocupado y él volverá, con su alegre sonrisa descarada, riéndose de mí. ¿Por qué le habré cogido yo aprecio a ese bribón? Un día, con sus imprudencias, me meterá en un lío

espantoso. ¿Por qué no me hará caso? Me harto de decirle que la vida es amable, si nos contentamos con comer mucho, dormir lo más que se pueda y moverse lo menos posible. Pero no me hace maldito caso. Él quiere ausentarse misteriosamente, como ave nocturna las más de las ocasiones. Le importa un comino que esta isla sea un hervidero de puñales, un nido de espías, y un cobijo de bandidos. Va de troche en moche, con su laúd a cuestas, y… ¡la culpa la tienen ellas! Ah, diablos, ¡qué caro pagamos una manzana que se comió Adán! Ellas son las que…

Interrumpió su monólogo el sujeto de astutos ojos, para mordisquear casi con actividad la hierba olorosa. Su redondo semblante ostentó una mueca de intima satisfacción…

Pero, no obstante, masculló con afectuoso enojo:

—¡Como siempre! Derrochando fuerzas, saltando de peña en peña, como corzo loco… Un día se descalabrará, al fallarle el pie… Aunque no sucederá tal cosa. Esta mozo tiene alas en los pies… ¡Ellas, ellas tienen la culpa de que este bribón me deje a solas por días y noches!

A lo lejos, un hombre envuelto en roja capa corta, sosteniendo con el índice de la mano zurda la correa que en banderola sujetaba sobre su hombro un laúd atravesado a la espalda saltaba de roca en roca, con ágil celeridad…

Parecía entregarse de lleno a desafiar las leyes de la gravitación, y como en alardes de peligroso juego, franqueaba distancias empleando alternativamente la rama de un árbol para tomar impulso, o una retorcida cepa silvestre para dejarse caer desde alto peñasco.

Por fin, con último salto acrobático, vino a caer flexionando las rodillas, ante el hombre sentado.

Ambos miráronse en silencio. En el redondo semblante del hombre sentado había reproche, satisfacción, orgullo y enojo…

En el del recién llegado, una sonrisa que tenía algo de cruel regocijo. Una sonrisa exuberante de vitalidad, sana, esplendorosos los dientes de blancura, rojos de vigor los sensuales labios, densos de intencionada burla los negros ojos.

—Aquí estoy, Bembo —saludó el de la roja capa y el laúd.

Su voz rica en matices, tenía sonora entonación agradable. En contraste, la gruesa voz del llamado Bembo, gruñó:



—Aquí estoy, Bembo—saludó el de la capa roja...

—¿Hasta cuándo? ¿Qué nueva aventura misteriosa os hará partir sin avisarme? Hoy he decidido que tenemos que hablar seriamente, señor.

—Con tu faz de pillo redomado, difícil es escucharte seriamente, por más que te lo propongas, Bembo. —Y a la par que replicaba, el joven desprendióse de la capa, que tendió en la hierba y sobre ella

depositó su laúd.

Entonces, prietamente modelado el hercúleo tórax en jubón de cuero rojizo, ceñidas las musculosas piernas en calzas azules y cortas botas de flexible piel negra, su alta estatura resaltó, al abrir los brazos en gesto de voluptuoso desperezo.

Sacudió la larga cabellera negra donde el sol ponía reflejos azules, y el voluntario gesto hizo saltar de su cabeza el airoso capuz de trovador, rematado por vibrante pluma roja.

Tenía prestancia de caballero, aunque sus ropas fueran de juglar. Y en su cinto no había más arma que una daga, de rica empuñadura enjoyada.

Pero como por arte de magia, pareció brotar un rayo de su antebrazo diestro, cuando, después de echarlo hacia atrás, lo proyectó rápidamente hacia adelante.

El rayo, al clavarse en el tronco a dos centímetros del cuello de Bembo, fue decreciendo en vibraciones para dibujarse netamente como un agudo estilete.

Bembo no se movió, aunque, como siempre que aquello sucedía, cerró los ojos. Del antebrazo izquierdo del trovador surgió otro destello y un segundo estilete, vibró al otro lado del cuello de Bembo…

—Ahora que ya os habéis complacido en demostrarme que para mi bien vuestro pulso nunca tiembla, señor, ¿puedo hablar? —dijo Bembo, abriendo los ojillos.

—Cuanto quieras. Te elegí por escudero, porque me pareces la imagen de la sabiduría popular.

—Un trovador no tiene escudero, señor.

—Yo, sí.

—Llevadme entonces con vos en vuestras secretas ausencias.

—Estás demasiado gordo y a veces hay que correr y brincar, pelear y matar, escalar balcones y saltar tejados. Aborreces el trabajo con toda tu alma… y lo que para mí es placer y desfogue, para ti sería martirio y labor.

—Soy discreto, señor.

—¿Qué tiene ello que ver conmigo, bellaco?

—Mucho y nada, señor. Yo os hablaría con claridad, si no fuera que a instantes me dais miedo.

—¿Te doy miedo, cobardón? —rió el trovador—. En esta isla tú

eres mi único amigo, que no en vano son dos los años que juntos vagabundeamos sin meta ni finalidad.

Bembo ahuecó la voz, afirmándola, para decir:

—Sé que os divierto, señor. Si a chacota, como siempre, habéis de tomar lo que diré, hablo.

—Habla ya, perillán, que sabes más martingalas que la mismísima suegra del diablo.

El trovador fue a sentarse adosado a árbol cercano al que tomaba por respaldo Bembo. Volvió a colocar en las correas que tenía bajo las mangas holgadas del jubón, los dos estiletes que acababa de arrancar del tronco, junto al cuello de su escudero.

—Hace un poco más de dos años, señor, yo buscaba mariscos por la rocosa playa de Macinaggio, en el extremo más norteño de esta isla. Me fatigué y me tendí. Y la luna fue iluminando la presencia de un nadador que de mar adentro avanzaba con vigorosa brazada hacia la playa de Macinaggio.

—Era yo, y me aproximé a secar mis ropas en la fogata, que tú habías encendido. Esta historia la conozco, truhán. ¿Para qué me la cuentas a mí, hoy que luce el sol espléndido, que la vida sonríe, y las flores de este lugar son de terciopelo nunca visto y de aroma tan especial que nunca acarició mi olfato?

—Teníais los hombros desnudas surcados a latigazos. Dijisteis llamaros Luys Gallardo, ser trovador viajero, náufrago, sin hogar ni familia. Ni patria… Pero en vuestro hablar, por entonces, dominaba el acento español… Hoy habláis mejor que yo, que soy piamontés de cuna.

—Y gandul de afición. Me seguiste porque te pareció milagrosa la facilidad con que yo te daba ducados, con los que tú mercabas nuestra comida y albergue, cuando no queríamos dormir a la intemperie. Miserables ducados que me dan los ricos ociosos para premiar mis epigramas, porque de mis madrigales no quiero más moneda que un dulce aletear de los párpados de la hermosa…

—Vos no sois un trovador vulgar, señor.

—No lo soy, puesto que a ti te tengo por escudero.

—Por espacio de dos años, hemos recorrido la isla desde el Norte hasta esta bahía que allá se divisa. Nunca os dije que si yo, piamontés, aquí en Córcega estoy, es porque tuve que huir de mi comarca natal, por razones que…

—Que para ti quedan, Bembo.

—Os tengo aprecio, señor, y quisiera compartir vuestros peligros.

La carcajada de Luys Gallardo fue burlonamente afectuosa.

—Dulces peligros que residen en la tersa mejilla de manzana de una pastora y en la altiva frente desdeñosa de una castellana.

—Ellas tienen galanes y enjambre de *bravis* pululan por las salas que vos visitáis con la música del laúd y el hechizo de vuestra voz.

—No existen *bravis* ni galanes en mi camino, Bembo. Yo canto amor a todas, porque canto el amor de mi dama.

—¿Y cuál es vuestra dama, señor?

—La de todos.

El redondo semblante de Bembo expresó sorpresa, como si la aparentemente cínica afirmación de Luys Gallardo le extrañara.

—Tu mente es poco dada a ensueños, Bembo. Comer y dormir son tus únicas aspiraciones. ¿Cómo puedes, pues, comprender que en mis canciones ensalzo la imagen ideal que recóndita vive en el corazón del hombre? Tampoco lo comprenden ni ellas ni ellos. Las más se creen galanteadas y ellos ofendidos. Y yo busco siempre la imagen que en mi corazón llevo. A veces una pastora tiene luz de cándido azul en sus ojos, pero no es mi dama. A instantes, una damita encumbrada tiene en su cabello el oro de ilusión que persigo… Pero no es mi dama…

—Y buscándola, señor, hallaréis la muerte.

—¡La vida, tunante! Pero no es de ellas de quienes hablarme querías. Te conozco ya, Bembo, y llevas un fin con tu palabreo. Habla ya.

—Dago Corsi, señor —dijo, en un hilo de voz, el piamontés.

Y sus ojillos buceaban el rostro virilmente guapo de Luys Gallardo. Ni un solo músculo movióse en el semblante del trovador.

—Yo soy un juglar vagabundo, Bembo, y ningún peligro represento para el bandido Corsi. Ya sé que anda por estos contornos y que tras sí ha dejado estela de cenizas, incendiando palacios y castillos, ¿por qué también tú, como todos, has citado temerosamente, el nombre del que hoy es rey de Córcega por la fuerza?

—Nadie le conoce, señor. Pero lo describen audaz, violento, con risa demoníaca según cuando y con carcajada amable en otras

ocasiones. Dicen que canta como ningún juglar lo sabe hacer y… que sus dagas se clavan donde quiere. Soy discreto, señor. ¡Piedad, señor; tened piedad!

La exclamación temblorosa del gordo piamontés brotó al ver que Luys Gallardo, en pie de un salto, brillantes los ojos, cruel la sonrisa, nada tenía ya del soñador juglar errante.

Pero Bembo se tranquilizó en parte, al comprobar que el repentino fulgor de la mirada del erguido trovador, no iba dirigido a él, sino a tres hombres que, cayado en mano, vestidos con la capa de piel de los pastores, acababan de aparecer y en silencio, torvos y amenazadores, quedaban inmóviles a varios pasos.

—Hola, buena gente —saludó Luys Gallardo—. Por aquí no se perdió oveja ninguna.

—Es él —dijo, roncamente, uno de los pastores—. Él es quien anoche turbó el sueño de Eduvigis con sus canciones.

—Es él —repitió otro de los pastores—. Ved en su jubón el lazo que Eduvigis desprendió de sus cabellos.

—Yo soy el que de linda pastora mereció, el galardón de este lazo —replicó amablemente Luys Gallardo tocándose el pecho, donde una seda verde rodeaba uno de los cordones que cerraban el abierto cuello del jubón de cuero rojizo—. Pero ignoraba que se llamara Eduvigis, que es nombre que no me place. ¿Os envía ella con mensaje tierno?

—¡Se burla de nosotros! —exclamó el que hasta entonces no había hablado—. ¡Sus y a él! ¡Muerte a este juglar atrevido!

Comprobó Bembo que mucho debía querer al hombre que secretamente sospechaba podía ser el propio Dago Corsi, por cuanto, aunque enemigo de todo esfuerzo, hallóse prontamente en pie, empuñando el palo que le servía para cargar su hatillo.

Uno de los pastores, el más adelantado en el ataque contra el trovador, alzaba ya el pesado cayado que contra los lobos era arma eficaz, por su contera de hierro agudo.

Todo se desarrolló con una velocidad pasmosa.

El primer pastor gimió soltando su cayado, al recibir en pleno rostro un recio puñetazo, que le derribó de espaldas.

El segundo, asestó mortal estocada que halló el vacío, porque en salto lateral, Luys Gallardo, al tiempo que hurtábase al hierro, propinaba con su mano izquierda un mazazo en la nuca del que,

perdido el equilibrio al no herir, cayó de bruces.

El tercer pastor retrocedió, porque casi más que la contundencia del que en un abrir y cerrar de ojos había derribado sin sentido a sus dos compañeros, le imponía un extraño pavor la mirada del que ahora decíale con amable entonación:

—Mi daga en tu garganta, pastor, si te sientes agresivo. Malos modales los vuestros. ¿Acaso villanía cometí con la linda Eduvigis? Vosotros, por mal pensados, no podéis comprender que nada sucedió. Vi al atardecer una dama encantadora. La seguí mientras ella, reuniendo sus ovejas, las conducía a choza. Canté bajo su ventana. Quiso ella hacerme la merced de mostrarme su rostro bañado en plata de luna. Y por recompensa a mi madrigal, dióme este lazo. No rocé siquiera su mano. Me fui y eso es todo. Tendría que matarte, bellaco, porque vuestra agresión mancha la pureza de la que no necesita vuestra defensa.

Tenía tal fuerza de dogma, tal carácter de autoridad sincera, la forma en que Luys Gallardo hablaba al pastor, que éste al igual que Bembo cuando vio por vez primera al náufrago de espaldas sangrientas marcadas por látigo, sintió obscuramente que se hallaba ante un ser superior.

Superior por cuna pese a sus ropas de trovador, o superior por temple.

—Nosotros somos los hermanos de Eduvigis. Esta mañana la vimos llorosa por vuestra ausencia. Pensamos… que vos siendo trovador… y ella niña sin malicia… Os reconocimos porque ella os vio partir saltando como un corzo…

—Nada tengo de corzo, amigo, y mi nombre es Luys Gallardo. Háblales a tus hermanos, e idos tranquilos, que no se oirán más mis trovas junto a la choza de vuestra protegida.

Volvió la espalda Luys Gallardo, aunque Bembo continuó vigilante, empuñando con vigor inusitado su palo.

Renqueando uno, y apoyados los dos en el que había quedado incólume, partieron los tres pastores.

—¿Había cardos dónde te sentabas, Bembo, o tuviste la insolente pretensión de acudir en mi ayuda? Vuelve a sentarte, que no quiero me achaques luego tu fatiga. ¿Dónde nos interrumpieron esos tres mentecatos? ¡Ah, sí! Hablabas tú de Dago Corsi y de pronto chillaste como vieja asustada, pidiéndome piedad. Escucha, Bembo

rollizo; contigo me encuentro a gusto, y los dos nos damos esta sensación de compañía, que necesita el errante sin hogar. He comprendido perfectamente tus alusiones. Y juro que con toda amistad te atravesaré la panza con un oloroso ramón de pino, y colgándote de dos horquillas te asaré para que de manjar sirvas a los perros sin dueño, si te atreves no ya a decir, sino a pensar, que yo sea Dago Corsi. ¡Nunca oí mayor disparate!

—Yo, señor…

—Y mil veces te he dicho que Luys soy y Gallardo me creo. Un escudero de trovador es pícaro familiar. Tengo apetito, Bembo. Saca de tus alforjas cuanto alegre mi estómago. Enciende pequeña hoguera y que presto reluzcan tus ojillos al conjuro de la buena pitanza sabrosa.

Mientras Bembo atendía a asar carnes, Luys Gallardo, asiendo su laúd, pulsó una de las cuerdas y mirando a la cima de un árbol, como si en él viera balcón adornado por presencia de hermosa, recitó en forma que su canción parecía una confidencia:

«Son tus mejillas, mi dama,
las que vida prestan a las rosas
que silvestres se engarzan en mirtos…».

Bembo, al influjo del grato olor de la carne que fue asándose, no oía al trovador. Estaba creyendo de nuevo en el segundo aspecto contradictorio de su amo: no podía ser un sanguinario bandido, que fingiera ser trovador.

Era simplemente un galante aventurero, para quien cantar madrigales en busca de un amor y pelear con alegre ferocidad, constituía la razón de vivir y ser.

CAPÍTULO III

LO INEXPLICABLE…

Por una poterna que antaño sirvió a los predecesores de la casa de Montemar para salidas que deseaban guardar secretas, Alicia de Montemar penetró en el pasadizo que evitaba toda indiscreta mirada desde las torres del castillo y poco después hallábase en el bosque Farnedo.

Sentíase en un estado de ánimo muy semejante al que debieron experimentar los o las que por diferentes motivos habían abandonado el castillo en la ignorancia, de familiares y centinelas.

Estaba decidida a verse frente al hombre de la capa roja, cuya voz de resonancia indefinible, seguía infundiéndola extrañas sensaciones.

La divisa de los Montemar y su historia, demostraba que las mujeres de aquel ilustre apellido, tenían casi todas una fisonomía definida, personal, con inteligencia y ánimos viriles, sin perder por ello un ápice en su feminidad.

No obstante, la propia Alicia considerábase excesivamente sensible e impresionable, aunque estuviera intentando enfrentarse con el terrible bandido.

Agotada por la noche de insomnio que siguió al paseo del crepúsculo anterior, sentóse en un paraje umbrío, donde la mullida hierba crecida brindaba blanca acogida. Y su misma inquietud le produjo un estado lindante con una semiinconsciencia parecida al sueño.

Tendiéndose poco a poco, abandonóse al sopor, del cual despertó no supo cuándo. Un ruido tenue que se dejaba oír procedente del matorral frontero, ahuyentó su sopor; alzando un párpado bajo el brazo con que cubría su rostro y rodeaba su cabeza

a modo de almohada, apercibió entre el ramaje del matorral, dos hombres que la estaban contemplando.

Uno de ellos, alto y de hermoso semblante tétrico, apoyábase en los hombros de otro, que estaba sentado sobre sus piernas cruzadas.

Alicia de Montemar, dominada por un miedo paralizador que ahuyentaba todos sus propósitos de valentía, cerró los ojos y contuvo la respiración para no dejar reconocer por el acelerado movimiento de su seno, la agitación intima que la poseía.

—Héla aquí —oyó decir a la misma voz que la noche antes oyó cantar—. Mira cuán hechicera es Alicia de Montemar. Ella es la que de mi espíritu es dueña.

—Mi amo —contestaba la voz del que adivinó Alicia era la del hombre sentado— también decía la mismo de la hija de Trento, el traidor a quien con sus hombres arrojarnos al mar y también dijiste que era dueña de tu espíritu, la bella esclava turca que…

—Ten la lengua —atajó el que había hablado primero—. Y no quiero que tus necias palabras saquen de su sueño a esa criatura. Mírala dormir Camorra. Así deben reposar los ángeles.

—Imprudente es la niña viniendo a dormir sola por este bosque.

—No emponzoñes el aire que ella respira, o te castigaré en forma que alegraría a tu padre, que llora muy amargamente el haberte dado vida.

—¿Y dónde, mi amo, hallarías lugarteniente mejor que yo?

—Tal para cual. Adora el sueño de esta inocente virgen, Camorra. Nunca has visto ni verás doncella más hermosa.

—No está mal; —dijo la voz gruesa del hombre sentado—. Pero no vale tanto como para detener a un tropel de bravos en un bosque como este donde ni siquiera hay uvas. Mi amo, ¿voy y cogiéndola en mis brazos llevo el tesoro que para ti parece ser esta niña, al sitio que me ordenes?

Alicia tembló, y a su pesar, el brazo que mantenía contra su rostro, descendió en ademán defensivo.

—Miserable —pronunció sordamente el hombre en pie, cuyas manos, como tenazas de hierro, empujaron los hombros del que iniciaba el movimiento de alzarse—. ¿Quién te pidió tus iniciativas por lo que a esta criatura se refiere? Por razón que ignoras, he jurado que nadie, ni yo mismo, se atreverá a rozar con alientos de humana pasión la pureza de Alicia de Montemar. Óyelo bien,

Camorra. Si supiera que labios de hombre profanasen algún día esos inocentes labios, los quemaría con hierros ardientes. La más horrible de las muertes no bastaría para el que osara requerir de amores a Alicia de Montemar…

—Yo, mi amo, no sabía que tanta importancia tuviera para ti una mujer que hasta hoy no habíamos visto.

—¿Qué sabes tú quién es ella, quién soy yo, ni el motivo por el cual el castillo de Montemar será respetado? En pie, Camorra, y no olvides que nada has visto ni oído.

—Mi amo, sólo veo y oigo aquello que tú quieres que vea y escuche.

La zozobra de Alicia había ido en aumento mientras escuchaba las extrañas palabras del hombre de tétrico semblante, que prendida al hombro llevaba corta capa roja.

—Volvamos al Duino, Camorra. No hagas ruido.

Quiso ella levantarse, ir al encuentro del que anunciaba su partida, pero la debilidad, el agotamiento, la mantuvieron quieta.

Cuando alzó el busto y sus ojos azules pudieron mirar con precisión hacia el matorral, no había ya nadie.

El Duino… El castillo donde el capitán Fierro decía que se albergaban los bandoleros de Dago Corsi.

Camorra, el nombre por el cual era conocido el lugarteniente de Dago Corsi.

Desfallecida, luchando en su mente con las inexplicables frases que había oído a la misma voz que la noche anterior tanta impresión le causara, reclinóse Alicia de nuevo, abandonándose al intento imposible de adivinar el motivo por el que Dago Corsi, al hablar de ella, había dado a su voz inflexiones de suave ternura.

* * *

Altiera de Montemar, cuando comprobó que su hermana no se hallaba en ninguna de las salas del castillo, mandó llamar al capitán Giovan Fierro, que prontamente acudió.

—¿Habéis visto a madona Alicia, Giovan?

—Sus pajes la buscan, madona. Dada como es a caritativas visitas en humildes moradas de vuestros siervos, posiblemente los pajes la hallarán en alguna de ellas.

—Así será —dijo, ya tranquilizada, Altiera—. ¿Tenéis alguna

noticia nueva, Giovan?

—Uno de los espías que envié al bosque Farnedo acaba de venir, madona. Afirma que Dago Corsi y su lugarteniente Camorra, duermen junto a los restos de una pequeña fogata.

—¿Cómo sabe el espía que es Dago Corsi?

—Es de los pocos hombres que una vez vio de cerca al bandido, madona. Jura por sus ascendientes y el reposo eterno de sus padres, que el hombre de capuz de trovador y roja capa a guisa de almohada que duerme en el bosque de Farnedo, es Dago Corsi.

Miró significativamente madona Altiera a su capitán.

—No he ido en persona, madona, porque mi obligación es permanecer en defensa del castillo y el poblado. Pero veinte de mis mejores jinetes, están ya en el bosque de Farnedo. Les he ordenado que no empleen la violencia, sino que inviten a Dago Corsi a conversar con nosotros. Me consta, madona, que vos sabréis convencer al bandido de que si disteis acogida a genoveses y franceses, no aceptasteis el menor trato con ellos.

—Habéis hecho bien, Giovan. Quiero hablar con Dago Corsi. Por el instante, apremiad a los pajes de madona Alicia para que le digan que la estoy aguardando.

* * *

Bembo dormía a pierna suelta, después del copioso yantar. Pero Luys Gallardo, tras descansar unos instantes, levantóse, y colgando su laúd y envolviéndose en la corta capa roja, decidió ir hacia el castillo que arrogante alzaba sus almenadas torres en el centro de un amurallado poblado.

Habíase alejado unas dos leguas del sitio donde Bembo seguía durmiendo profundamente, cuando se detuvo. Veía avanzar con suma precaución a un grupo de veinte jinetes, cuyos caballos llevaban alrededor de sus cascos, trapos destinados a silenciar los herrajes.

No pudo presenciar como, bruscamente arrebatado de su beatífico sueño, el rechoncho y cobarde Bembo era izado por cuatro soldados a lomos de un caballo, donde quedó atado sólidamente.

Lo que sí vio estupefacto fue como el grupo de jinetes reemprendía ahora veloz galope hacia el castillo llevando como prisionero al piamontés.

Tenía la sospecha de que el que una noche lejana le proporcionó un fuego reconfortador en la playa de Macinaggio era un pícaro huido de su región natal por alguna fechoría de poca monta.

Pero su creencia no justificaba que salieran a la captura de Bembo veinte soldados armados hasta los dientes, y lo llevaran preso hacia el castillo como un peligroso botín…

Era inexplicable.

Encaminó sus pasos hacia la explanada que rodeaba la muralla. Y súbitamente se detuvo, porque al ir a salir del bosque atisbó a una mujer que, en pie, retrocedía como si, al verle, hubiera visto al mismo diablo.

Era una hermosa muchacha, de rico atuendo señorial, rubia y de grandes ojos azules, ahora llenos de temor…

Luys Gallardo habíase visto contemplado por femeninas miradas expresando distintos sentimientos. Pero era la vez primera que leía temor en femeninos ojos.

Saludó rendidamente, y, atribuyendo a su aparición en solitario paraje el miedo que expresaban las azules, pupilas de la dama que sin escolta allí estaba, dijo:

—Os suplico me miréis sin alarma, señora. Soy trovador errante, del que ningún, mal os puede provenir. Si os habéis extraviado, concededme la merced de acompañaros…

La voz de Luys Gallardo…, la del que la noche anterior cantó y lanzó el horrible aullido…, la del que aquella misma mañana hablaba con dureza al reprochar a Camorra sus propósitos de rapto…

Llevóse Alicia de Montemar la diestra a la frente, y a no ser por el salto hacia delante de Luys Gallardo, habría caído desvanecida.

Sosteniéndola entre sus brazos, el trovador sintióse casi herido en su amor propio de galante aventurero…

Ironizó:

—Inexplicable: nunca mi presencia produjo desmayos de tal índole. Esta bella damita me tiene miedo, y, no obstante, mis palabras eran tranquilizadoras y de las que siempre surtieron efectos muy distintos.

Expertamente su diestra halló en la escarcela de la desvanecida el pomo de esencias con las que pocas damas de aquella época dejaban de proveerse.

Mientras, sujetándola con su brazo izquierdo, iba moviendo el abierto pomo ante el rostro lilial de Alicia de Montemar, Luys Gallardo vio en el suelo un pañuelo de fino lienzo, en una de cuyas esquinas, bordado en oro, había un escudo y un nombre…

Alicia de Montemar abrió los ojos…

—¡Dejadme, por favor! —imploró.

—Vos me mandáis, señora —replicó Gallardo, liberándola del abrazo con que impidió cayera. Éste es vuestro pomo oloroso… y éste vuestro pañuelo.

Inclinóse para recoger la prenda, y leyó: «Alicia».

—Bello nombre el vuestro, señora.

Ella retrocedió unos pasos, sin coger el pañuelo ni el frasquito que Luys Gallardo presentábale. Sus blancas manos femeninas tuvieron un gesto de repulsión, como si ardiera fuego en las del trovador.

—Bien sabéis que soy Alicia de Montemar y que aquél es el dominio de mi familia. ¿Qué os proponéis conmigo?

—Madona Alicia, ved ante vos a un hombre de costumbre bastante despierto y avispado, ahora totalmente perplejo. —Sonrió Gallardo. —Afirmáis que yo sabía quién erais, cuando supe por vez primera vuestro nombre al leerlo en el pañuelo. Hay temor en vuestra actitud, y me preguntáis qué me propongo… Os lo dije: acompañaros.

—No… no os suponía capaz de disimulo. Os creía malvado, pero orgulloso en vuestra soberbia del triste renombre que habéis adquirido, y, por lo tanto, ante quien sea, y más si de indefensa mujer se trata, reconociendo con gallardía vuestra personalidad.

Encogiéndose de hombros, Luys Gallardo inclinóse en leve reverencia.

—Para mí es inexplicable cuanto decís, madona Alicia. Pero hay algo que sí podéis decirme, puesto que confesasteis erais de la familia dueña del castillo. Varios soldados acaban de llevarse prisionero a un hombre que es mi único amigo, Y yo os pregunto respetuosamente: ¿a santo de qué han capturado a mi buen escudero?

Alicia de Montemar rebelóse contra lo que creyó hipocresía de taimado bandido, que con ella exhibía sonrisa apaciguadora.

—¿Y osáis preguntarlo? Sabed que los Montemar dijeron la

verdad siempre, como corresponde a alcurnia noble y sin temor. Haced conmigo lo que queráis, pero sabed que vuestro lugarteniente estará ahora en la sala de interrogatorios, y si no declara voluntariamente los propósitos que vos tenéis referentes al castillo de Montemar, será sometido a tortura.

La mirada de Luys Gallardo pareció buscar algo en rededor. Fijóse por fin en la abertura natural que entre sí dos rocas formaban.

—No comprendo nada de cuanto me decís, madona Alicia. Pero como aprecio mucho a mi escudero, lamento comunicaros que, no fiando de los caprichos de los Montemar, con quienes acabo de entablar inexplicable relación en vuestra gentil figura, os ruego seáis por breve tiempo mi prisionera. Ningún daño sufriréis, y servios perdonar acción que nunca cometí, porque no es en mí costumbre hacer valer como rehén, si el caso llega, a una adorable mujer.

—¡Cara pagaréis vuestra villanía!

—Sangra mi corazón, madona Alicia —sonrió Gallardo—, de tenerme qué ver obligado a tan desagradable cometido.

El pañuelo que sujeto por broche envolvía los hombros de Alicia de Montemar, rodeó la parte inferior de su rostro, anudándose a la nuca. Y sujetas sus muñecas a sendas cepas de vid silvestre con las propias cintas de su escarcela, quedó oculta y prisionera Alicia de Montemar entre las dos rocas.

Luys Gallardo, con sincera expresión condolida, manifestó su pesar:

—Comprended, madona, que aprecio mucho a Bembo. Os prometo que de rodillas invocaré vuestro perdón si, aclarado el error, la familia Montemar cede en su inexplicable capricho de querer torturar a un pícaro, cuyo único crimen es pecar de gula y adorar a Morfeo. Y tened por seguro que sólo en último extremo confesaré el peligroso intercambio al cual me he decidido. Vuestra libertad por la de Bembo. No me maldigáis en exceso mientras dura mi ausencia, madona.

Recorrió prestamente Luys Gallardo la distancia que separaba los linderos del bosque del alto recinto amurallado.

Desde el otro lado del foso, y mirando a las almenas, gritó:

—¡Un trovador pide la merced de ser recibido por el dueño y

señor de Montemar!

CAPÍTULO IV

AUMENTA LA CONFUSIÓN.

Hacía tiempo que el capitán Giovan Fierro no había experimentado un furor tan hondo como el que sacudía sus puños en deseo de estrangular a alguien, mientras, fruncidas las hirsutas cejas, iba contemplando uno tras otro, en el patio de armas, a los veinte soldados que, desmontados, rodeaban el caballo donde estaba atado un rechoncho prisionero.

—Maldición y exterminio sobre vuestras bestiales testas estúpidas —pronunció al fin fatigosamente, entrechocando los puños—. Os ordené que invitarais a Dago Corsi a visitar a madona Altiera. Y al no hallarle, no habéis encontrado nada mejor que traerme preso a su lugarteniente. ¡Maldición! ¿Queréis que, encolerizado, arrase Dago Corsi hasta los cimientos el dominio de los Montemar?

Dada su postura, Bembo sólo podía agitar la amordazada cabeza. Colgantes brazos y piernas, reunidos bajo la panza del caballo por sólida ligadura, y su estómago contra la dura silla, abismábase en lúgubres reflexiones: como a instantes sospechaba, el hombre que le dijo llamarse Luys Gallardo, era… ¡Dago Corsi!

En nada le tranquilizaba el ceñudo semblante del colérico capitán, que ahora parecía sumido en arduas reflexiones.

—Llevad al prisionero a la sala de interrogatorios —decidió por fin Giovan Fierro—. Madona Altiera determinará si cabe remedio a vuestra necia torpeza.

Altiera de Montemar escuchó la atribulada confesión del capitán.

—¿Y qué os atosiga, Giovan?

—La captura del lugarteniente de Corsi, madona, puede acarrear

males a vuestro dominio.

—Hace veinte años que servís la casa de Montemar, Giovan, con un celo y una bravura siempre dignas del mayor elogio. Por eso mismo, os reprocho que concedáis excesiva importancia a las reacciones de un bandido. Preso está su lugarteniente, y, si es preciso, sufrirá tormento, si a mis preguntas no contesta adecuadamente.

—Permitid, madona Altiera, que me tome la libertad de disentir de vuestra decisión. Soy vuestro siervo, y mi espada obedece vuestro mandato. Soy un mercenario, y si tuve el honor de veros jugar como niña, y veros mandar con justicia como primera dama de Montemar, perdonada me sea mi opinión de que en lo posible debemos evitar la ira de Dago Corsi.

—¿Vos, un soldado aguerrido, pretendéis que el escudo de los Montemar se empañe halagando a un vil bandido? Que no otra cosa sería el dar libertad a su lugarteniente. Al fin y al cabo, es mi derecho indagar los motivos por los cuales este hombre ronda los bosques de Farnedo, propiedad de los Montemar.

—La torpeza de mis soldados hace ya inevitable lo que pudo ser evitado, madona Altiera. Quizá Dago Corsi no hubiera atacado el castillo… Pero ahora, a menos de que con excusas sea liberado su lugarteniente, preveo…

—¡Os desconozco, capitán Fierro! —exclamó, altiva, la condesa de Montemar—. ¿Liberar a un bandido, y por añadidura darle excusas? De buen grado a la fuerza confesará por qué el castillo de Duino está sirviendo de guarida a la cuadrilla de su amo. ¿Ha sido hallada madona Alicia?

—Siguen sus pajes buscándola, madona.

—Id a la sala de interrogatorios, y esperadme allá. Que el verdugo encienda la hoguera, y ordenad que el prisionero sea montado en el caballete quiebrahuesos. Empezad vos el interrogatorio.

No había la menor crueldad en la fría manera de hablar de Altiera de Montemar. Era la época en que, por imperativo de cuna, la mujer que, como ella, ostentaba el supremo mando en miles de vidas, empleaba los usuales métodos de castigo.

Iba a salir Giovan Fierro, cuando, sin necesidad de que ella hablara, se detuvo en el umbral, porque comprendió que madona

Altiera deseaba añadir algo.

No en balde eran veinte los años que, consecutivos, Giovan Fierro había servido con acrisolada fidelidad los destinos de los Montemar.

Por eso, Altiera Montemar hízose más humana y menos imperativa cuando, dulcificando su tono, dijo, amablemente:

—No os enojéis conmigo, Giovan. Yo sé que sois mi más valiente vasallo, y que sólo os preocupa el bienestar amenazado de mis siervos. Pero la tradición de los Montemar exige que no me amilane ante la autoridad indigna de un bandido con ínfulas de reyezuelo. Tened la bondad de enviarme al espía que reconoció personalmente en el bosque a Dago Coras y su lugarteniente.

* * *

Bembo, sostenido rudamente por dos ballesteros, descendía unas escaleras de las que desprendíase un olor a moho, lodo y agua estancada. Empujado, penetró en una ancha mazmorra, sombría y lúgubre, cuyos muros rezumaban humedad.

Aquella covacha estaba guarnecida de aparatos cuyo objetivo era evidente, así como la calidad del trabajo del personaje encapuchado de tela granate que esperaba en un rincón, maniobrando estólidamente un fuelle con el que aumentaba la ignición de unos carbones sobre los cuales reposaban atravesadas varias tenazas y herrajes.

El rostro de Bembo tenía un grisáceo color; sus miembros se agitaban temblorosos, y sus dientes entrechocaban entre sí. Su pavor aumentaba, ante el silencio indiferente con que soldados y verdugo parecían ajenos a su presencia.

La llegada de Giovan Fierro despertó en el piamontés un impulso de vitalidad.

—¡Justicia, señor! Nada hice para ser encadenado y…

—Silencio… —atajó, con sequedad, el soldado—. Has sido reconocido como Rodrigo Camorra, el lugarteniente de Dago Corsi.

—¡Válgame el cielo! —clamó, temeroso pero vigorosamente el piamontés, a efectos de la estupefacción—. Mi nombre es Bembo…

—Mientes, bandido. ¡Verdugo! Al caballete.

El verdugo hizo avanzar una especie de caballo de madera, cuyo lomo formaba una aguda arista de cuarenta grados, sobre el cual los

dos ballesteros, con esfuerzo, sentaron al rechoncho Bembo, que gemía atribulado.

Dos brazaletes de cuero le fueron atados a los tobillos. Aquellas abrazaderas estaban provistas de garfios, en los cuales el verdugo suspendió bolas de hierro, progresivamente…

A una señal de Giovan Fierro, el verdugo cesó de colocar pesos en los tobillos del desgraciado.

—¿Reconoces ser Rodrigo Camorra, lugarteniente de Dago Corsi?

Con muecas de dolor, cubierta la frente de sudor, sintiendo que la cortante arista penetraba en sus mollas, mientras que sus piernas estaban tendidas bestialmente, Bembo chilló:

—¡Pecador soy, pero no fui ni soy Camorra!… soy un mísero vagabundo, que siempre de la pelea huí, y mal puedo, pues, ser ese Camorra que buscáis, mi buen señor…

Iba Giovan Fierro a ordenar al verdugo que continuara añadiendo pesos a los torturados tobillos, cuando la entrada en la mazmorra de madona Altiera, acompañada de un individuo, hizo que, al igual que soldados y verdugo, adoptara una rígida actitud respetuosa.

—¡Clemencia, mi noble dama! —aulló Bembo—. ¡Soy inocente! Nada hice… en esta bella isla…

Miró la condesa a su acompañante. El rostro de éste expresó asombro, y en voz baja murmuró:

—Este hombre no es Camorra, madona.

—¿No dijiste que en el bosque viste a Dago Corsi con su lugarteniente?

—Ver, vi a Dago Corsi, que era él, madona. Pero como sólo admite la compañía de su lugarteniente, supuse que el hombre que dormía a pocos pasos de él era Camorra, aunque su cabeza estuviera envuelta en capuchuela.

Hizo una seña la condesa, y el verdugo quitó los brazaletes de cuero, liberando las piernas del piamontés, que fue puesto en pie, sostenido por los dos ballesteros.

—¿Quién eres tú?

—Bembo, piamontés, madona.

—¿Quién era el hombre que te acompañaba?

—Un trovador…

—Pon cuidado en tus palabras, Bembo —dijo suavemente Altiera—. Mentir supondrá que de nuevo cabalgarás el caballete.

Había ella hecho una seña, a la cual abandonó la mazmorra el espía que decía haber reconocido a Dago Corsi, y que ahora había salvado a Bembo de un tormento seguro.

—Juro, madona, que la verdadera personalidad del trovador que me apalabró como escudero suyo la desconozco. Me dijo llamarse Luys Gallardo, y creo que es español…

Iba a continuar Bembo refiriendo la verdad, porque su ánimo, ya de por sí poco valiente, estaba influenciado por el siniestro decorado y la presencia del verdugo.

Pero en la sala irrumpió corriendo el espía.

—¡Madona! Ante el foso de la muralla oeste se halla un trovador que pide entrada. ¡Y es… es Dago Corsi!

—¿Con qué gente?… —inquirió, fríamente, Altiera.

—Solo, madona. —Y percibíase cierta admiración en el tono del espía.

—Vigilad a este hombre —ordenó la condesa. Y, seguida por Giovan Fierro y el espía, abandonó la mazmorra.

* * *

Luys Gallardo tenía todas las características del genial y caballeroso aventurero. Poseía un arrojo y osadía triunfantes, porque, sin reflexión, siempre actuaba primero, y pensaba luego.

Al hallarse al otro lado del foso lleno de agua que separaba los muros fortificados de la explanada, y tras lanzar su llamada, percibió en los almenados reductos del primer cinturón defensivo del puente levadizo, una agitación expectante entre los soldados que allí iban aglomerándose, mirándole con detención y asombro.

En otras ocasiones, a su llegada ante otros muros palatinos, y a su petición de ejercer su aparente cometido de trovador errante, dos eran las expresiones que leía en los semblantes: en los masculinos, un desdén que encubría envidia de su apostura, y en los femeninos predisposición a buen recibimiento.

Pero nunca como ahora su llegada había causado la creciente admiración casi mística y asustada con que era contemplado…

Descendió el puente levadizo, haciendo rechinar sus cadenas, y un soldado que ostentaba un penacho, como insignia de mando en

el redondo casco que ceñía su cráneo, avanzó hacia Luys Gallardo.

—Mi dueña y señora, la condesa Altiera de Montemar, te invita a visitarla, trovador.

—Amable deferencia la tuya, capitán…

—Giovan Fierro.

El paso de los dos hombres resonaba tanto más, cuanto que un absoluto silencio imperaba entre soldados y artesanos, que con curioso recelo no exento de admiración, incomprensible para el español, huían la mirada cuando veíanse sorprendidos por la del trovador.

Al término de una escalera, y penetrando en galería lujosamente tapizada, Giovan Fierro quitóse el casco, que colocó bajo su brazo, porque la sala en que entraba era la que por generaciones había albergado entre sus recios muros, y con suntuosa aparatosidad, las audiencias que en graves casos concedían los Montemar a aliados o enemigos.

En su centro, y en estrado donde un sitial de alto respaldo ostentaba dosel con el escudo de armas, Altiera de Montemar, sentada, avaloraba con su estatuaria belleza de serenan frialdad la impresión de majestuosidad que ya de por sí tenía la sala.

A tres pasos de distancia tras el estrado, y a ambos costados, agrupábanse una treintena de soldados, en dos hileras.

Los de la primera, arrodillados, apoyaban en su muslo la ballesta, sosteniendo con la zurda la flecha ya introducida en la ranura.

En pie, tras los ballesteros, otros manteníanse erguidos, erecta ante la faz la ancha hoja de los machetes.

Luys Gallardo avanzó, y a dos pasos del tapiz que cubría el estrado inclinó el busto en reverencia sin servilismo, porque toda su persona desprendía sin jactancia una arrogante distinción.

Altiera de Montemar, puestos los claros y severos ojos en el rostro del recién llegado, lo escrutaba en vano, buscando la «señal», la «marca», que, según ella, estigmatizaba a los seres viles.

Veía un esbelto atleta, de mirada audaz, pero sin impertinencia, ataviado como los trovadores, con laúd al hombro.

Habló pronunciando con nitidez las palabras, como si las escogiera:

—Según dicen mis soldados, pediste la merced de ser recibido

por el señor de Montemar.

—Tal fue mi petición.

—Y bien alto proclamaste tu condición de trovador.

—Con mucho orgullo, porque me considero el más cumplido juglar que por esos mundos lleva con su canción la poesía del vivir.

—Estás ante quien solicitaste ser recibido. Yo soy madona Altiera, la que rige los destinos y vidas de cuantos, entre mis murallas se hallan.

Tras Giovan Fierro, que atentamente vigilaba el menor movimiento del visitante, el espía examinaba de soslayo al que se enfrentaba con la altiva castellana.

Madona Altiera sentía a su alrededor la indefinible atmósfera formada por la admiración de todos sus soldados, que contemplaban atónitos al legendario caudillo de los Hermanos Corsos.

Sintiéndose molesta por la seguridad con que el trovador, por atuendo, la miraba con complacencia masculina, exclamó:

—¡Cese el juego! No sé qué admirar más: si la inconsciencia con que a solas ante mí te presentas, o la impúdica insolencia con que me miras. ¿Qué loco valor suicida te ha impulsado a venir solo? ¿Te crees sobrenatural, Dago Corsi?

Luys Gallardo miró hacia atrás, por encima de su hombro. No vio a nadie. No obstante, la mirada colérica de la bella mujer estaba fija en él. Tocóse el pecho:

—¿Debo entender que lo que oigo a mí se refiere?

—No persistas en tu fingimiento, Dago Corsi. Creíste quizá que nadie te conocía, y con atavío de trovador decidiste tal vez espiar mis defensas, para preparar próximo asalto. ¡Eres mi prisionero, Dago Corsi!

—Prisionero estoy de tu hermosura, madona, pero como Luys Gallardo que me llamo, y español que soy, lamento tener que decirte que tus palabras carecen para mí de sentido.

—¡Ven! —ordenó imperativamente al espía, que obedeció, postrándose ante ella—. No tiembles. Este que aquí ves es un hombre, aunque como fiera sedienta de sangre desgarre y destroce cuerpos y almas. ¡Mírale! ¿Es él?

El espía, con evidente alteración, contestó:

—Sí, madona Altiera. Es… es Dago Corsi.

Luys Gallardo cruzó los brazos, mirando asombrado al espía y después a la condesa.

—¿Te atreverás ahora a seguir fingiendo, bandido? —exigió Altiera, tendiendo hacia el trovador un índice acusador.

—Hasta ahora el único acto de bandido que cometí lo realicé apenas hace media hora. Existe evidentemente una confusión, madona, pero el aclararlo puede esperar. Por el instante, ignorando que tan hermosa dama gobernara Montemar, no vine a cantar trova, sino a inquirir los motivos por los que mi amigo, que de escudero quiere servirme, estando durmiendo pacíficamente, fue apresado por veinte soldados y aquí conducido.

—¡Tus desplantes autoritarios aquí están de más. Dago Corsi! Si reinas por el terror en toda la isla, aprende que una Montemar nunca se rendirá a amenazas.

Una sonrisa divertida esbozóse en el rostro de Luys Gallardo.

—No sé en qué terminará toda esta confusión, madona, pero costumbre mía es no encolerizarme nunca ante lo más delicioso que la Naturaleza creó: la mujer.

—Tu escudero te aguarda en la sala de interrogatorios, Dago Corsi. No me importa que hasta el último de los defensores de Montemar perezca, y sean arrasados mis muros, que por muy digna sucesora de los míos me daré, sí la historia me presenta como la ejecutora de la justicia terrena en tu vil persona.

—Me apabullas con insultos, madona. Hablas de amenazas, muertes, muros arrasados, vilezas, y yo sólo pregunté por mi escudero Bembo. Si de justicia hablas, debes, pues, empezar por poner en libertad a quien, como Bembo, es un ser comilón y amodorrado incapaz de dañar a nadie, y mucho menos constituir peligro para tu gente.

—¡Capitán! —ordenó ella—. ¡Coged preso a este bandido!

La prodigiosa elasticidad del español burló el avance del alerta capitán. Y antes que pudiera impedirlo, ni siquiera moverse tampoco Altiera Montemar, hallóse ésta bajo la acerada punta de la daga que Luys Gallardo mantenía junto a su blanco cuello, mientras el trovador, inclinado en forzada reverencia sobre la dama sentada, decía:

—Mi segundo acto de bandidaje, madona. Repugna a mi galantería amenazar a dama alguna, sea campesina, sea reina; pero

ya que como bandido soy tratado, necio sería resignarme a actuar como caballero.

—Quietos todos —exigió Altiera—. Si este hombre me mata, dadle tormento, y que, desollado vivo, su pellejo, hinchado de paja, sea expuesto en lo alto de mis muros. Es mi orden, capitán.

Tensos los músculos, jadeante el pecho y lívida la faz, Giovan Fierro, al pie del estrado, temía avanzar.

Los negros ojos brillantes del trovador tenían la vitalidad de inconsciente crueldad del hombre para quien la vida propia carece de valor.

—Juro, madona, que si el rubí de tu sangre enjoyara mi daga, muerte yo mismo me daría por haber privado al mundo de tu belleza. Pero es muy bello vivir, y muy feo ser desollado. Vine tan sólo a pedirte la libertad de mi escudero. He oído lo suficiente para comprender que por tu voluntad no saldré sin daño de tu dominio. Felices deben sentirse los Montemar al verse tan bien representados por quien, siendo mujer, no ha temblado siquiera al verse ante un frío acero. Pactemos, madona Altiera. Pido una hora de vida salva para mí y Bembo, y madona Alicia regresará sana y salva a tu lado.

—¡Infame! —exclamó ella—. ¿Osaste tomar como rehén a mi hermana?

—Muy a mi disgusto, que no nací para asustar damas, sino para rendirles pleitesía. Pero las circunstancias mandan. Si tu palabra me das, la mía tienes de que Alicia de Montemar aquí ha de volver.

—Por la fuerza… no pacto —dijo ella, abatida repentinamente.

Aunque austera y poco sentimental en apariencia, Altiera era sensible, y adoraba a su hermana menor.

Fue tan brusca la transformación de una altiva castellana en débil mujer al fin, que Luys Gallardo, envainando su daga, saltó hacia atrás, y al pie del estrado hincó la rodilla.

—A tus pies, madona. Tengo tu palabra de que Bembo y yo saldremos libremente de tu castillo a cambio del inmediato regreso de madona Alicia.

Y, enderezándose, una sonrisa seductora realizó el cambio que convertía en agradables los rasgos, algo duros habitualmente, del aventurero.

—Dad libertad al prisionero, Giovan —dijo ella—. Que los soldados lo dejen fuera muros.

Marchó el capitán, y entonces, recobrándose, dijo Altiera:

—¿Cómo… cómo puedo creer en la palabra de un ser monstruoso?

—Nunca me tuve por monstruo, madona Altiera. Sed más benévola. Cuando por amor a madona Alicia dejasteis de ser dura conmigo, me sentí de pronto vuestro rendido esclavo. Vos no creéis en mi palabra, y yo sí en la vuestra. Indicaré a vuestro capitán dónde se halla madona Alicia, y, para que no sufra vuestro ánimo, aquí permaneceré hasta el libre regreso de la que tanto amáis. Tengo una hora de vida salva… y quiero embellecerla viéndoos, con el secreto anhelo de que, al irme, vuestros ojos no me miren con horror, sino con indulgencia.

Cerró ella los párpados, y, en hierática postura, contestó:

—Dios será vuestro juez, Dago Corsi. Que si ahora, por capricho de bravucón galante, aquí quedáis en espera del regreso de mi hermana, no menos sangre hay en vuestras manos. Y sabed que al término de la hora que os he concedido, en mi ánimo sólo habrá indulgencia cuando reciba la buena nueva de que habéis muerto.

Levantóse ella, mientras, entrando, el capitán Fierro anunciaba:

—Cumplida vuestra orden, madona. Libre y fuera muros quedó el preso.

—Acompañadlo —dijo ella, señalando al trovador—. Tiene una hora de vida salva. Os indicará el lugar dónde se halla madona Alicia. Excesivo ya ha sido el triste honor de albergar entre estas paredes al enemigo del Bien que es Dago Corsi.

Y sin mirar a Luys Gallardo, fija la vista ante sí, abandonó el estrado y la sala Altiera de Montemar.

Giovan Fierro, íntimamente aliviado al ver que el temible cariz de los acontecimientos que ponían en peligro la vida de las dos hermanas Montemar había evolucionado felizmente, murmuró, casi con respeto:

—Os acompaño, Dago Corsi.

Encogiéndose de hombros, Luys Gallardo asintió, mientras, terciando el laúd, empezó a pulsarlo, canturreando melodiosamente copla que de la hermosura de la nieve hablaba, y siguió al capitán.

Tras una celosía, Altiera Montemar asistió al paso del aventurero, que ahora citaba el fascinador encanto de la nieve en las inaccesibles cumbres cuando el hálito cálido de un rayo de sol

pone sonrosados matices en la pétrea albura.

CAPÍTULO V

HACIA EL DUINO.

En la poterna principal, los soldados, abiertos en formación de doble hilera, denotaban la curiosidad con la cual, por ignorados motivos, tenían el privilegio de contemplar de cerca y personalmente al legendario, y hasta entonces desconocido físicamente, Dago Corsi.

Dadas las indicaciones para encontrar a madona Alicia, Giovan Fierro, al irse los pajes en busca de la cautiva, aproximóse al que ahora pulsaba su laúd sin cantar.

Veíase que el capitán quería decir algo y que a la vez vacilaba, aunque finalmente, como el que se zambulle, habló:

—Nosotros somos hombres de armas, messer Corso, para quienes el mañana es inseguro. Llevo veinte años al servicio permanente de los Montemar, y aunque les obedezco ciegamente como es mi deber, puedo a veces disentir de sus opiniones. Madona Altiera, siempre sagaz, prudente, y que, como habéis podido jugar, es mente preclara, está… influenciada por vuestro renombre, y cree que vuestra estancia allá —y Fierro señaló a través del rastrillo la lejana cumbre donde se erguía el semiderruido castillo—, obedece a propósitos guerreros contra Montemar.

Miró Fierro al trovador, esperando en vano una respuesta. Continuó:

—Yo he sustentado la opinión de que vos y vuestros hombres tienen por meta la ciudad de Ajaccio, y que en el Duino estáis en campamento de descanso.

—¿Y por qué es ésta tu opinión?

—Porque si madona Altiera dio alojamiento a genoveses y franceses, no lo hizo por tercería aliada, sino en evitación de que

sus vasallos sufrieron cruel represalia. Madona Altiera es corsa plenamente, y por lo tanto, independiente y con el único anhelo de que la isla se vea libre de todo dominio extranjero.

Sonrió Luys Gallardo.

—Si te ha de tranquilizar, tienes mi palabra, Giovan Fierro, de que, por lo que de mi depende, Montemar no sufrirá daño alguno.

—Gracias, messer Corsi.

Percibíanse ya los pajes que habían ido en busca de Alicia de Montemar. Cuatro de ellos portaban la silla de manos, cuyos cortinajes oscilaron al abrirse el rastrillo para dejarle paso.

Alicia de Montemar descendió, y apoyada en el hombro de un pajecillo de escasos trece años, se aproximó al lugar donde junto a Giovan Fierro, Luys Gallardo la miraba risueño.

Fingió ella no verlo, y, dirigiéndose al capitán, preguntó:

—¿Por qué ven mis ojos libre a este rufián, Giovan?

—Madona Altiera, vuestra hermana mayor y dueña señora de cuantas vidas alientan tras estos muros, dióme una hora de privilegio, linda Alicia. No me guardéis rencor porque me viera obligado a aprisionaros.

Pero la gentil muchacha volvió la cabeza con gesto de desaire, y, siempre apoyada en el pajecillo, alejóse hacia las escaleras.

—Altivas y orgullosas, tanto como encantadoras, ¿no, capitán?

—Son… como son, messer Corsi —dijo, evasivamente, el soldado.

—Una verdad innegable —sonrió el trovador—. Adiós, capitán…, o hasta la vista.

—Como vos queráis, messer Corsi.

Alzóse el rastrillo, y Luys Gallardo dirigióse hacia donde Bembo, boca abajo, tendido, gemía suavemente, acariciándose la parte baja de la espalda.

—Arriba, quejicoso —dijo Gallardo, tocando con el pie el hombro de su escudero—. ¿O pretendes aparentar que estás moribundo?

Trabajosamente púsose en pie el rollizo piamontés. Andaba con las rodillas dobladas, siguiendo al trovador. Y cuando, poco después, encontrábanse ya los dos en la espesura del bosque de Farnedo, el rostro dolido de Bembo frunciése en sonrisa, que se truncó en risa, contagiado por la hilarante carcajada con que Luys

Gallardo dejábase caer contra un tronco, riendo inconteniblemente.

—En mi accidentado camino nunca topé con aventura más graciosa, Bembo. Dime: ¿qué caricias iban a prodigarte?

—Sentado me tenían en caballete con pesos en los tobillos, señor. Y pude ladearme, con lo que aminoré el corte del lomo. Tardaré unos días en poder sentarme.

—Respiras y rebuznas, por lo tanto, bien librado has salido. ¿Viste cuán bella era la castellana?

—Rondaba el verdugo, señor, y mis ojos no hicieron justicia a la indudable hermosura de la que se me antojó estatua sin alma.

—¿Y madona Alicia? —siguió diciendo Luys Gallardo, que, más que conversar, monologaba en voz alta—. Es una filigrana de arte. No sé si sus azules ojos me gustaron más, chispeantes de enojo infantil, o mansos de temor. Debe ser un gran bellaco ese Dago Corsi para inspirar tanto pánico.

Rió de nuevo el español viendo la expresión de Bembo.

—¿También tú crees firmemente que yo soy messer Corsi, que el diablo confunda? Vi que madona Altiera ojeaba mi capilla roja, como si fuera prenda que diera fe de Dago Corsi. Su espía me reconoció sin vacilación. Dice el capitán que allá están mis hombres: en el castillo del Duino. Allá, pues, debo ir cuando la noche me ayude.

—Yo con vos, señor.

—Pesado y carente de ligereza eres, Bembo.

—No quiero separarme de vuestro lado.

—Si te deleita montar caballetes de tortura, nada tengo que objetar. ¡Qué hermoso contraste! Una, estatuaria; otra, plena de vida. Un rayo de luna y un reflejo de sol… Durmamos, Bembo.

—Hacedlo vos, señor. No tengo yo sueño.

—Yo dormiré por los dos. Despiértame cuando las sombras reinen. En este rincón vemos sin ser vistos. Y al decir «vemos», hablo de tus mirillas, que apercibo muy abiertas.

—Vigilaré, señor. Podéis tener certeza.

El umbrío bosque era ya dominio de la noche, cuando Luys Gallardo, en pie, tocó en el hombro a su escudero.

—¿Por qué no desciendes hacia el mar, y en nao regresas a tu natal terruño?

—No me ordenéis tal cosa, señor —gimió el piamontés.

—Te prevengo que vamos hacia el Duino.

—Al infierno os acompaño, señor, si es preciso.

—Me conmueve tu fidelidad, gordinflón, pero debes saber que tengo un propósito. El más adecuado para abrirnos las puertas del infierno que invocas.

—Vos triunfaréis en cuanto os propongáis.

—Vine a esta isla para vivir como trovador errante, y aun así, de brete en pendencia iba. ¿Sabes lo que te espera si me acompañas al Duino?

—No quiero pensar, señor, sino ser vuestra sombra…

—Poca sombra dará tu cabezota terca, rodando por efectos de hachazo o hinchándose apretada por el gaznate. ¿Tiemblas, Bembo?

—Tiemblo…, pero con vos estoy.

—Magnífica valentía la tuya. Avante, pues…, Bembo. Esta noche, más que nunca, es mi divisa: «¡Atrás, que por la muerte vengo!».

Anduvieran los dos en silencio una larga hora. Por fin, bajo peñasco que era el primero en la base que sustentaba los cimientos del castillo del Duino, espectral y poblado de susurros de nocturnas aves, Gallardo asió por el coleto a su acompañante, acercándole el rostro.

—Queda o sígueme. Al menor ruido que hagas, te quito el resuello. Y atiende un consejo: no sigas creyendo que yo soy Dago Corsi…

Un aullido escalofriante, como el feroz quejido de un tigre herido, brotó a unos veinte pasos del peñasco. Varias sombras treparon ágilmente hacia el castillo del Duino.

Sudoroso, temblorosas las rodillas, Bembo demostró dos cosas: que no en vano fue en el Piamonte salteador de caminos, y sabía deslizarse silenciosamente, y que prefería ir hacia la cumbre que quedar a solas.



Por entre las columnas agrupábanse los bandoleros.

En la abierta poterna sin rastrillo, con piedras derrumbadas, penetraron los dos hombres. Las alas de un murciélago rozaron el rostro de Bembo, que siguió avanzando valerosamente.

Yal final del ancho pasadizo, cayó de rodillas, estupefacto y sintiéndose desfallecer de agudo pánico.

En ancho patio cubierto, al que se descendía por una veintena

de escalones, agrupábanse en pie numerosos individuos de trazas patibularias, armados en abundancia.

Los había que, además de ballesta y arco, tizona y daga, llevaban picas y hachas…

Pero lo que sacaba de quicio al piamontés no era la contemplación de la cuadrilla numerosa sino que, desorbitado, veía en el centro y sobre estrado formado por odres recubiertos de pieles, a un hombre que, cruzados los brazos, tétrico el semblante, parecía imponer el más abyecto de los servilismos a aquella turba de maleantes.

Aquel hombre… era la exacta imagen de Luys Gallardo, el cual, por un instante, volvió el rostro, para dedicar risueño guiño a su empavorecido acompañante.

Ambos, trovador aventurero y escudero, comprendían ahora, el uno, la razón de lo sucedido en el castillo de Montemar, y el otro, por qué sus sospechas habían nacido al oír referir en mesón aldeano el apuesto aspecto del joven jefe de bandidos.

CAPÍTULO VI

UN TRONO VACANTE.

La vasta sala que fue patio de armas cuando en el Duino moraban sus dueños antes de ser pasados a cuchillo por los genoveses, sólo estaba iluminada por cuatro linternas que rodeaban el estrado sobre el cual Dago Corsi, alzado el labio superior en mueca siniestra que mostraba sus blancos dientes en gesto de carnívoro amenazando próxima víctima, continuaba silencioso.

A las primeras palabras que pronunció, y que resonaron amplificadas por el eco de las bóvedas, Bembo tendió la mano para rozar la bota de Luys Gallardo, extendido de bruces delante de él.

Era la voz rica en matices, sonora, bien modulada, del trovador. Y no obstante, el que hablaba era Dago Corsi:

—Dos días hace que en estos escombros permanecemos, interrumpido nuestro incontenible avance hacia Ajaccio. Nuestra hermandad ha demostrado ya con generosidad y largueza que más vale no haber nacido al que como enemigo se cruce en mi camino.

Luys Gallardo estudiaba con atención los gestos sobrios y la expresión facial del que estaba hablando con empaque solemne.

Veíase a si mismo, pero como si ante un espejo adoptase un semblante plasmando crueldad, carencia de humano sentimiento, salvajismo y, a la vez, penetrante inteligencia dominadora.

—De Norte a Sur y de Este a Oeste, todos murmuran un solo nombre: el mío. La isla entera, sus bosques, sus olivares, sus selvas de recios troncos resinosos, sus verdes encinas, el perfume de sus ginestas y romeros, me pertenece. A mí solo. Yo soy el amo de Córcega, y vosotros mis siervos primeros, porque, sin mí, pronto seríais bandada de hienas privadas de prestigio y fáciles enemigos para genoveses y franceses y para los corsos traidores. Sólo mi voz

os conduce por la senda triunfal, y ¡ay del que, como piojo pretencioso, que vida tiene porque mi sangre se la da, creyese que tiene voz!

Desde su dominante posición, Dago Corsi descruzó los brazos, y, tendiendo el diestro, señaló hacia un punto.

Izado por varios brazos, un individuo atado sólidamente por tobillos y busto, quedó suspendido en el aire, mantenido desde abajo por algunos Hermanos Corsos.

Tenía algo de extraño rito el silencio en que tanto el prisionero como los demás y el propio Dago Corsi, manteníanse.

Y, de pronto, la diestra del jefe bandolero extendióse, y, privado de apoyo, suspendido por férrea mano que le asía de la garganta, el hombre atado balanceóse unos instantes.

Brilló un reflejo, y Dago Corsi, con la zurda, aproximó la daga que acababa de desenvainar al rostro del prisionero.

—Eres buen luchador, Lorno. Y vas a aprender lección que una vez os di. Tanto mejor es el luchador cuanto menos habla. Tus orejas no me son fieles, puesto que echaste en olvido lo que una vez dije.

Oyóse un sordo quejido, y Bembo, desde su puesto de observación cerró los ojos, estremecido.

—Tu lengua no me es fiel, Lorno.

Un reflejo cortó el aire, y la daga en función de verdugo mutiló también el órgano que Lorno, por la fuerza, asomaba entre los dientes.

Luego, empujado brutalmente por Dago Corsi, Lorno fue a caer sobre varios bandidos, los cuales se apartaron, y en el suelo, sin sentido, quedó el recientemente mutilado.

—Lorno dijo que el castillo que nos da frente hacia el mar sería rica presa, porque, además de joyas y oro, contenía bellísimas mujeres. He sido benévolo con él porque es el primero en el asalto, y he querido que siga viviendo. Pero ¡ay del piojo que se crea tener voz! Sólo la mía es la que impera en Córcega.

Fue unánime el gesto con el cual todos los bandidos, sin excepción, asintieron en muda cabezada. El propio Lorno, recuperándose de su desvanecimiento, prodigó varias cabezadas inconscientes…

—Hace cinco años que en compañía de Rodrigo Camorra me

tracé un fin. Al paso de los días os he ido reuniendo, y aunque ignaros sois, presentís que la mordedura de vuestros aceros escribe páginas de historia. Y ahora vais a saber por qué nos hemos detenido en nuestro avance. Para ello, conoceréis primero la historia brevemente compendiada de nuestra isla. ¡Izad a misser Piero!

De nuevo varios brazos alzaron en vilo a un individuo revestido de larga hopalanda, y en cuyo cráneo un cónico bonete sembrado de estrellas plateadas demostraba sus pretensiones de astrólogo.

Flaco y maligno el rostro, misser Piero, atraído por la mano de Dago Corsi, al quedar en pie en el estrecho estrado, hizo una servil genuflexión.

—Relata a esos piojos ignaros lo que hasta hoy ha ocurrido digno de mención en esta isla.

Misser Piero, introduciendo las manos en las anchas mangas de su hopalanda negra, recitó:

—El sabio Herodoto escribió que los Foceos, huyendo de la invasión persa, fundaron en esta isla, entonces desierta e inhabitada, la primera ciudad, llamándola Aleria, que abandonaron en el año 217 de la era romana, al ser vencidos en guerra contra los cartagineses aliados con los etruscos.

»Más tarde, los romanos, dueños de la isla de Cerdeña, quisieron apoderarse de Córcega. La conquista fue larga y difícil. Duró cien años, y precisó diez expediciones. Mario fundó en el rico litoral oriental la colonia de Mariana, y Sila restableció y repobló la ciudad de Aleria.

»Después de la caída del Imperio Romano, Córcega formó parte de las provincias occidentales sometidas a Constantinopla, y conservó largo tiempo la huella del dominio bizantino. En el siglo noveno, abandonada, por los bizantinos, y no siendo reclamada por emperador Carlomagno, Córcega es reivindicada por el Papado, que confía el gobierno de nuestra isla a los marqueses de Italia, oficiales del emperador, encargados de la defensa de Marcas y fronteras.

El monótono recitar del astrólogo daba mayor rareza a la escena. Dago Corsi, cruzados los brazos, iba asintiendo solemnemente a cada final de párrafo.

—El primer gobernador es Bonifacio, conde de Lucques, que fundó la ciudad de su nombre. Cada año, los sarracenos asolaban

las costas para proveerse de esclavos. Los marqueses toscanos descendientes de Bonifacio, para defender la isla, erigieron fortalezas, introduciendo en la isla el dominio de sus soldados. Pero más tarde, sus oficiales, los vizcondes, se proclamaron independientes, apoyados por la República de Génova.

A la mención del nombre de la populosa república italiana oyéronse rumores… Todos escupían con desprecio.

—Los marqueses pidieron la ayuda del Papado, pero después de doscientos años de luchas, en 1284, Génova venció…

—Entonces fue —intervino Dago Corsi— cuando un jefe, corso nativo, Giudice della Rocca, sometió a los invasores, y, nombrándose conde de Córcega, logró mantener en paz la isla durante cerca de medio siglo. Fue reconocido por los isleños como único soberano. Desgraciadamente, sucumbió, y de nuevo los genoveses —escupió con violencia el bandolero— se apoderaron de Córcega, al quedar el trono vacante.

A la imperativa mirada de Dago Corsi, tomó la palabra misser Piero:

—En 1359, dos años después de que la peste negra asolara la isla, los genoveses enviaron a un genio diabólico: un intrigante político que se adueñó de la voluntad de un corso popular, Samboccucio
d’Alando
, el cual puso toda su influencia sobre los corsos, al servicio de los malditos genoveses. Pero intermitentemente surgían jefes rebeldes que lograban expulsar a los genoveses, aunque eran al fin vencidos por la intriga y la traición, continuando siempre vacante el trono del conde de Córcega. En 1453, la Banca de San Jorge, alianza comercial de genoveses, favoreció cuantas expediciones han ido realizándose para domeñar nuestra isla. Los franceses…

Un general rumor de escupitajos resonó bajo las bóvedas.

—… Los franceses —siguió recitando misser Piero— envían lansquenetes con la vana intención de dominar, y han elegido ya un conde de Córcega. Por otra parte, los Campo Fregosi, malditos sean hasta la undécima generación, con el auxilio de la Banca de San Jome, gozan de cierta popularidad en nuestra isla…

—Perecerá hasta el último de los que a los Campo Fregosi o a los franceses de acogida. Terminó tu cometido, misser Piero.

De nuevo repitió Dago Corsi el gesto despectivo. Empujado brutalmente por la diestra del jefe bandolero, el astrólogo fue a caer sobre un grupo de Hermanos Corsos.

—Hay un trono vacante —dijo Dago Corsi—. ¿Y cuál es el héroe popular que debe ocuparlo? Yo. ¿Quién es el jefe mejor dotado? Yo. —A cada monosílabo estentóreo con que se designaba, Dago Corsi dábase en el pecho con el pulgar—. Pero mi soberanía sería, breve si no contara con un poder esencial. Nadie reinará en Córcega si no tiene asegurado el dominio del mar. Las aguas que rodean nuestra tierra han de ser mías. Y por eso nos hemos detenido dos días aquí, donde permaneceréis hasta mi regreso, hace meses envié un mensajero a isla donde había de encontrarse con Abdul Hamez.

Un sordo rumor se elevó, incontenible. Expresaba asombro…

—Abdul Hamez, el sarraceno pirata, cuya flota de galeotas reina en el Mediterráneo. Regresó mi mensajero, el pobre Castelli, que murió al poco de llegar, mordido por un escorpión. Pero cumplió. Me traía mensaje de Abdul Hamez, que a la vez me servirá de contraseña para que nos demos a conocer. Y esta madrugada, a las cuatro, en la gruta de Anfitrite, del litoral de Ajaccio, Abdul Hamez me espera, para pactar. Reinaré, pues, en Córcega. Ya no habrá trono vacante, cuando las galeotas de Abdul Hamez hundan las naos de genoveses y franceses. Sabéis ahora por qué en mi marcha triunfal hemos hecho alto en el castillo del Duino. ¡Fredo! ¡Bucco!

Dos hombres de elevada talla que sobresalían entre los demás, abriéronse paso a codazos, hasta detenerse bajo el estrado, altas las cabezas.

—Vuestras vidas responden, como de costumbre, en ausencia mía y de Camorra, de que sea acatada mi orden de permanecer aquí. Retiraos todos a vuestros sitios.

Bembo tocó implorante la bota de Luys Gallardo, quien señaló la oquedad abierta en el muro, junto al cual habíase tendido el español, en previsión de tener que esconderse.

El rollizo piamontés, rodando sobre sí mismo, penetró en la estrecha abertura, mientras, al dispersarse los reunidos, muchos de ellos subían las escaleras hacia el pasadizo desde el que Luys Gallardo y su escudero habían oído cuanto se habló.

El trovador deslizóse a su vez. Quedó el pasadizo libre, y por él fueron avanzando los bandidos…

Poco después asomaba la cabeza Luys Gallardo. En el patio abovedado, sólo quedaban Dago Corsi y un robusto sujeto malencarado.

El achaparrado y tosco Rodrigo Camorra, bestia desalmada de feroces instintos y brutales ademanes, tenía, no obstante, casi cierta delicadeza en los gestos con que sobre uno de los odres hinchados iba colocando una fuente con viandas, fruta y pan, que extrajo de otro de los odres.

—A las cuatro, cercano ya el amanecer, Camorra, en la gruta de Anfitrite colocaré el puntal más firme para mi trono.

—Abdul Hamez tiene renombre de ser muy astuto y desleal, mi amo. Pero a ti nadie te gana en nada. ¿Cuándo daré muerte a Abdul Hamez?

—¡Ojalá tus huesos se pudran lentamente, viviendo tú carcomido por, lepra y peste!… —rezongó Dago Corsi, mientras iba dando cuenta de las viandas…

Arrancaba las carnes con mordiscos salvajes, cerrado el puño alrededor de la vianda.

—Abdul Hamez morirá cuando su hora le llegue y yo la fije —siguió diciendo Dago Corsi, entre bocado y sorbo, mientras Camorra, en pie a su lado, con un frasco en la mano, le miraba con la repulsiva expresión del idólatra que rinde culto a un monstruoso fetiche.

En la oquedad, Luys Gallardo fue retrocediendo y sentóse. Asió por la pelambre a Bembo.

Y en su oreja susurró:

—¿Oíste? Hay un trono vacante… que me espera. Pero hay también una gran verdad. Hemos entrado fácilmente, y ahora estoy pensando que salir no nos va a ser tan cómodo. Todos teníais razón: madona Alicia, madona Altiera, tú, el capitán, el espía… Todos sabíais que yo era Dago Corsi, y el único que no lo sabía… ¡era yo! Os voy a dar la razón. Me espera un trono, y me aguarda Abdul Hamez. Y todo a mi alcance, con sólo llevar a buen fin tres nimiedades: salir de aquí, quitar de en medio a Dago Corsi y su lugarteniente, y recordar a esa turba de asesinos que son unos piojos, y que mi bella voz es la que manda. ¡Vive el Cielo que es la más hermosa de las jugarretas la que vamos a realizar!

Bembo, cerrando los ojos, persignóse devotamente. Era cuanto

podía hacer para expresar su resignación ante el proyecto que juzgaba era el inicio de un corto avatar cuya culminación sólo podía ser la más atroz de las muertes.

Por el instante, lo único que deseaba era salir cuanto antes del hoyo, que a su asustadizo temple antojábasele ratonera sin escape.

Acurrucóse aún más hondamente en el estrecho espacio, cuando, después de rasgar los ámbitos el escalofriante alarido lanzado por Dago Corsi, oyóse precipitado rumor creciente de pies corriendo.

Y el patio de armas reunió de nuevo a todos los bandidos.

—Mientras dure mi ausencia, trabajaréis limpiando de escombros este castillo, El Duino será nuestra fortaleza, que tal es la decisión que he tomado mientras cenaba.

Siguió hablando Dago Corsi durante un buen rato.

Luys Gallardo dio un codazo al piamontés, que no necesitó más indicación.

En el pasadizo, susurró el español:

—Aguarda junto a la fuente del peñasco quebrado. Apresura tu rastreo, perillán.

Bembo no se hizo repetir dos veces el consejo. Por el pasadizo, y en la sombra de las tinieblas, su cuerpo fue adhiriéndose al suelo, empequeñeciéndose hacia la abierta poterna.

Luys Gallardo continuó escuchando las instrucciones del jefe de los Hermanos Corsos, y cuando vio que iban a reintegrarse a sus sitios los reunidos, deslizóse primero con rapidez, para, al cruzar la abierta poterna, lanzarse al espacio con ligereza segura e irreflexiva.

Junto a la fuente que manaba de un agrietado peñasco, Bembo, tendido de bruces y acariciándose las posaderas, sólo veía a instantes la silueta del trovador surgiendo en las tinieblas, cuando en su descenso saltaba de un risco para flexionar en un peñasco.

Y el rumor de la fuente le pareció siniestro al acompañar la frase con la que, a su lado, Luys Gallardo hizo acto de presencia:

—Agudiza la vista, que estamos al acecho de dos buitres, Rodrigo.

—Mi nombre es Bembo —dijo, débilmente, el piamontés.

—Lo era, Rodrigo. El comodón Bembo, murió.

—En nada, señor, me parezco al Camorra.

—Verás como en un segundo Rodrigo Camorra te conviertes. Tú y yo vamos a ennoblecer la infame fama de esos dos buitres. ¿Hay

más bella empresa en el mundo? El hábito hace al monje, Rodrigo, y me he propuesto convertir en mística la infernal figura de Dago Corsi. Me serviré de su vil estela de terror, y… ¿no ves, bellaco, el caudal de magníficos episodios que vamos a vivir?

—Vos me mandáis, señor.

—¡Ojalá tus huesos se pudran lentamente viviendo tu carcomido con hambre y desvelo! —Sonrió Luys Gallardo—. De ahora en adelante, mísero piojo, que al calor de mi real sangre alientas, me tuteas y soy tu amo.

—Lo que tú mandes, mi amo.

—Excelente, Camorra. Serás el más perfecto de los lugartenientes. Mira hacia el serpenteante sendero que del castillo baja… ¿No ves dos siluetas? Pegados al suelo seguiremos sus pasos hasta que estén lo bastante lejos del Duino. ¡A por ellos, Rodrigo! Un trono vacante me aguarda.

CAPÍTULO VII

FRENTE A FRENTE.

Rodrigo Camorra miró hacia atrás con recelo, empuñando su ancho machete.

Dago Corsi, a dos pasos, precediéndole, inmutable el tétrico semblante, donde ni por una sola vez asomaba sonrisa ni humanidad, siguió andando.

Sin volverse, manifestó:

—No eres bisoño andarín que de sus propios pasos se asuste en la noche de un bosque, Camorra. Son mis espaldas las que debes guardar, que no las tuyas.

—Me pareció, mi amo, haber oído pisadas.

—Las nuestras, que nadie osa viajar por el Farnedo desde que saben todos que en el Duino estoy.

Pero, de pronto, Rodrigo Camorra corrió hacia un matorral, machete en alto. Desapareció, mientras Dago Corsi, deteniéndose, apoyadas las dos manos en sus riñones, esperaba.

Tras el matorral oyóse audiblemente un ronco gemido, muy significativo.

Dago Corsi atribuyó el agónico quejido a una víctima más de su lugarteniente. Sus manos, apoyadas en los riñones, tenían en tal postura un claro significado para Luys Gallardo, que silenciosamente apareció a espaldas del temible bandolero.

En el cinto, y bajo la corta capa roja, veíanse asomar varias vainas de cuero en las que enfundábanse dagas —arma favorita del bandido—, que las lanzaba inesperadamente, al confiarse su adversario ante la postura que parecía de espera, sin asomo de agresividad.

Tras el matorral, Bembo, empuñando la gruesa rama que había

desgajado de un árbol, acababa de cumplir perfectamente las instrucciones del trovador.

Produjo cierto ruido que atrajo al lugarteniente de Dago Corsi, y al éste abalanzarse, propinóle recio estacazo en plena frente.

Dedicábase ahora con frenesí a convertir al bandido en un atadijo apretadamente enfardado con sus propias ropas desgarradas.

Dago Corsi no se movió, porque una aguda punta acerada se apoyó en su nuca, mientras una voz burlona y tranquila le advertía:

—Al infierno llegarás antes de tiempo, messer Corsi, en caso de moverte.

Con una de sus dagas amenazando la nuca del bandido, y otra en la zurda, hizo Luys Gallardo un rápido gesto, a la vez que hablaba.

Cortado, el cinto de Dago Corsi cayó, y, con él, sus armas: sus dagas envainadas a la espalda, el machete, el enorme estilete y un puñal.

Bruscamente empujado hacia adelante, Dago Corsi salvajemente humillado, chispeantes los negros ojos en furor homicida, engarfiadas las manos…

A la luz lunar, su rostro de fiera adquirió repentinamente una expresión de humano asombro indescriptible.

El salto que iniciaban sus tendones quedó paralizado, y cayeron sus brazos, mientras, incrédulo, creyéndose objeto de una alucinación, contemplaba desencajado al trovador. Éste, haciendo oscilar en su diestra, al extremo de sus dedos, una daga que sostenía por la punta, sonreía con sarcasmo.

—Hola, messer. Te advierto que, además de ser tu fiel imagen, por lo que a físico respecta, lo soy en la facilidad con que hinco mis dagas en los más huidizos blancos.

Dago Corsi torció la boca con su habitual gesto de rictus maligno.

—Un trovador… ¿Por qué me has desarmado? Eres ágil y no te oí. Eres fuerte. Necesito hombres como tú.

—La víbora, antes de morder, siempre silba melodiosamente, messer.

—¿Por qué me atacaste?

—Largo es de explicar.

—Prisa tengo. Dame el cinto, y…

—Olvidas que aquí mando yo, messer, y que no eres el famoso asesino que a todos impone terror con su sola presencia. Para mi eres, simplemente, un piojo a punto de ser aplastado.

Los ojos de Dago Corsi vigilaban atentamente la tensión de los dedos que sostenían la daga. Había ya pensado con refocilamiento en lo que haría al percibir que la daga se disparaba contra él.

Habíase visto en otra ocasión en parecida circunstancia. Lanzarse de rodillas, brazos hacia delante, aprisionando en abrazo asfixiante la cintura del que creía poder atravesarle arrojándole la daga… Hincar su barbilla en el pecho, y quebrar la columna vertebral del osado que…

Truncóse su pensamiento, porque, atento sólo a los gestos del que ante sí tenía, y olvidado de que ya no guardaba sus espaldas Rodrigo Camorra, acababa de recibir en pleno cráneo el duro golpe del palo manejado por Bembo con vigor.

—Magnífica labor, Rodrigo —sonrió Gallardo, envainando en su antebrazo la daga—. Espero que no tendré que desollarte. —Y Luys Gallardo, inclinándose, tocó el pecho del bandido—. No ha muerto. Le has pegado como te indiqué. Lo suficiente para mis fines. Desnúdalo, pronto…

Mientras Bembo obedecía, el trovador iba despojándose de sus ropas. Y cuando iba poniéndose las que el piamontés había quitado al jefe bandolero, éste iba siendo atado con las correas que habían sobrado para convertir en fardo inmóvil al descalabrado Camorra.

La corta bota negra, el ceñido pantalón de malla de acero, el cinto con las dagas a la espalda, el prieto jubón de cuero rojo donde, bordado en negro a la altura del corazón, había un haz de dagas, la capuchuela roja, el capuz negro, convirtieron ahora al trovador en un fiel reflejo de Dago Corsi.

Bembo, congestionado el redondo rostro carrilludo por la reciente actividad, ostentaba cierta exaltación triunfante.

—Ya está, mi amo —dijo, poniéndose en pie—. Estos dos buitres ya no pueden volar sin tu permiso.

—Lo más sencillo está hecho, Rodrigo.

—Menos me cuesta ya acostumbrarme a que así me llames, mi amo, porque… porque… creo que la cabeza de Camorra no resistió el golpe que le di.

—La cabeza de Camorra es la tuya de ahora en adelante,

malandrín. Regresa junto a tu primer vencido. Observo que messer Dago es hombre fuerte…

El jefe bandolero, sangrante el cráneo, atados los tobillos y torcidos sus antebrazos tras la espalda, pugnó por liberarse, mientras, aún inconsciente, se sentaba en vigoroso escorzo de cintura.

—Interesante el contenido de este bolsillo —dijo Gallardo, palpando en el cinto que ahora le ceñía el talle, una faltriquera interior, en la que crujía un pergamino firmado «Abdul Hamez»—. No te retuerzas ni te esfuerces inútilmente, messer Dago. He comprobado tus amarras, y a fe de buen catador, debo admitir que mi lugarteniente Rodrigo sabe anudar.

¿Dónde está Rodrigo? ¿Quién eres tú? ¿Qué pretendes? ¡Insensato!… Sabrás que…

—El que ha de saber eres tú —atajó Luys Gallardo—. Ha terminado tu carrera de crímenes, Corsi. De ahora en adelante, Dago Corsi soy yo. Y si continúas viviendo, es porque te necesito respirando, por si algún día, al complicarse los sucesos, necesito demostrar que yo sólo soy un usurpador…

La risa burlona del trovador español encolerizó hasta el paroxismo al bandolero, que en el suelo seguía forcejeando.

—¡Mala peste para ti y todos los tuyos! ¡Ojalá…!…

—No te desgañites, ingrato. ¡Qué cruel decepción! Estoy empezando la labor de legar a la posteridad el nombre de Dago Corsi, limpio de nuevos crímenes, intentando ennoblecer tu innoble fama, de infame hiena, y así me lo agradeces… ¡Chitón! A callar, piojo, o te rompo los dientes de un puntapié. Pues ¿qué te creíste, botarate? ¿Que sólo tú tenías derecho a mutilar, incendiar y sembrar pánico? Te duele que te hable sin respeto ni temor, ¿verdad, gusano? Estabas acostumbrado a que todos rindieran la cerviz ante ti… Pues yo te diré a qué estaba yo acostumbrado. A que todas las damas de cualquier condición que fueran, me mirasen con muy buenos ojos. Son mi debilidad, Dago. Las adoro y entronizo. Y por eso tanto me dolió, aunque bien lo disimulé, que dos de las más egregias, por cuna y belleza, me insultaran, me miraran como un aborto monstruoso, y comprendí la razón en el Duino, cuando te vi explicar a tus esbirros. Tú tienes la culpa, Dago Corsi, de que dos excelsas Evas me aborrezcan. Y como español que

soy, hay dos cosas que no puedo consentir: la primera, que te valgas de nuestro parecido para cometer cobardes vilezas, y la segunda, que hasta hoy sólo sirvas para asustar. Yo pondré remedio a este estado de cosas. ¡La más bella aventura digna de un Amadís! Un juego excitante, como hecho, a mi medida, porque adoro et riesgo y me perezco por la galante aventura… Mutuamente debemos estarnos agradecidos, piojo. ¿Eh? ¿Qué estás esperando?

Dago Corsi, avanzada la cabeza, parecía escuchar. Calló Luys Gallardo, y percibió también rumor de muchos pasos que se acercaban…

Y, de pronto, de la garganta del jefe bandolero brotó el siniestro y escalofriante alarido que era su contraseña de reunión.

También quedó truncado, porque Luys Gallardo sin el menor miramiento, le asestó recio puntapié en la boca…

Inclinóse Gallardo, y con hercúleo esfuerzo que elocuentemente demostraba la fuerza poco común que almacenaba en su esbelto cuerpo musculado, levantó al bandido, de nuevo desvanecido.

Corrió hacia el matorral, y, arrojando a su prisionero junto al cadáver de Rodrigo Camorra, bisbiseó:

—Amordaza, Rodrigo. Y que la hojarasca te sirva de amparo…, que de lo contrario corta va a ser tu profesión de lugarteniente.

—Escóndete tú también, mi amo —gimió Bembo, acobardado.

—¿Esconderme yo, el poderoso Dago? ¡Quita allá, piojo!

Reapareció Luys Gallardo en el pequeño claro entre los matorrales, y con verdadera maestría lanzó el alarido de difíciles notas, que, como amante de toda suerte de extrañas onomatopeyas, había estudiado en el Duino.

Esperó, y el rumor de pasos se hizo más cercano… Por fin, una voz, respetuosa, exclamó, desde cerca, pero invisible su dueño:

—¡Parlamento pido con messer Corsi!

—¡Cese el avance, y salga solo el parlamentario! —gritó Luys Gallardo, exuberante su ánimo de gozosa emoción de riesgo—. ¡O de lo contrario mis piojos atacarán!

Tras el matorral, Bembo persignóse asustado. Sabía que para el trovador la muerte era un juego en que afanosamente se lanzaba, como si la buscara, con la sonrisa en los labios…

Pero aquel juego era de un cariz tan violento que el piamontés, cobarde por naturaleza, presentía fúnebre epílogo.

Luys Gallardo apoyó sus manos en los riñones, adoptando la habitual postura de Dago Corsi mientras avizoraba los matorrales que frente a él iban crujiendo al paso de un soldado.

La luz lunar arrancó destellos de la coraza y del casco del capitán Giovan Fierro, cuando éste, apareciendo en el claro, saludó:

—Buenas noches, messer Corsi. Madona Altiera me envía en vuestra busca. Veinte soldados me acompañan, pero sólo a efectos de búsqueda. Madona Altiera os invita a visitarla… Os… os lo ruega.

Parpadeó, asombrado, Luys Gallardo. ¿Qué había sucedido para que la austera y soberbia Altiera de Montemar rogara a un hombre que odiaba a visitarla?

A esta intrigante pregunta sólo cuatro personas podían contestar: la propia Altiera, su hermana, Giovan Fierro y Ugo Paolo Renzo, el popular condotiero corso apodado elogiosamente «Faciatosta».

Pero Giovan Fierro, al igual que las condesas de Montemar, no estaban dispuestos a explicar la oculta razón por la que los argumentos persuasivos de Ugo Paolo Renzo habían vencido el orgullo de Altiera Montemar, obligándola a cerrar los ojos, como si fuera el mayor de los sacrificios para ella el tener que ordenar a su capitán:

—Id presto al bosque Farnedo, hacia el Duino, e invitad… rogad a Dago Corsi que me visite, porque deseo hablarle.

CAPÍTULO VIII

UGO PAOLO RENZO, «FACIATOSTA».

Después de la partida de Luys Gallardo acompañado por Bembo, que renqueando miraba de vez en cuando los muros del castillo de Montemar con rencoroso alivio, Altiera Montemar dirigióse a las habitaciones donde, despidiendo a sus pajes y doncellas, Alicia aguardaba con cierta angustia la conversación que se avecinaba.

Altiera Montemar, aunque primero abrazó casi convulsivamente a su rescatada hermana, ahora, sentándose, puso en su voz todo un mundo de reproches al hablar fríamente:

—Siéntate, Alicia. Al parecer, has olvidado que en Montemar mando yo desde que desgraciadamente nuestro padre falleció. La imprudencia con que saliste a pasear por el Farnedo, a sabiendas, como anoche mismo comprobamos, de que rondaban los alrededores los desalmados bandidos, ha estado a punto de señalar un triste día para Montemar. Eres muy niña aún, Alicia, pero creo que, a no ser por tu belleza, a la que ni el mismo diablo sería insensible, Dago Corsi no habría sido tan generoso.

—¿Y acaso, Altiera, por modestia tuya excesiva, no has pensado que si Dago Corsi se mostró excepcionalmente generoso, él, que desconoce todo acto bueno, fue porque tu hermosura le ganó? Que mis doncellas comentaban que los soldados dijeron que Dago Corsi ante ti estuvo muy galante y comedido. No te enojes, Altiera, que no tienes tú culpa de ser tan fascinadora, que hasta el bandolero fingió ser trovador para poder contemplarte.

—¡Un histrión orgulloso, cuya muerte me alegraría!

—Extraño es, Altiera, lo que le oí decir a su lugarteniente, mientras yo, aterrada, simulaba continuar durmiendo… —Evocó, pensativamente, la más joven.

Con fidelidad reprodujo las palabras de Dago Corsi:

«Ella es la que de mi espíritu es dueña. He jurado, por razones que tú mismo ignoras, que nadie, ni yo mismo, se atreverá a rozar con alientos de humana pasión, la pureza de Alicia de Montemar. Si supiera que labios de hombre profanasen algún día esos inocentes labios, los quemaría con hierros ardientes. La más horrible de las muertes no bastaría para el que osara requerir de amores a Alicia de Montemar. ¿Qué sabes tú, quién es ella, quién soy yo, ni el motivo por el cual el castillo de Montemar será respetado?».

—Inexplicables frases —dijo, al cabo de un instante, Altiera—. Pero suponen algo inesperado, Alicia. Ése rufián se ha atrevido a enamorarse de ti.

—Lo inexplicable, Altiera, es que después, cuando me aprisionó, me trataba como si no me conociera, casi con alegre chanza…

—Es un histrión. Un hombre falso, que puede adoptar a voluntad la actitud que mejor le place, como los funámbulos de la *Commedia dell'Arte* que montan sus tinglados por los villorrios. Es el más despreciable y odioso de los sujetos…

La pasión con que hablaba Altiera extrañó a su hermana. Nunca se alteraba la austera y serena placidez estatuaria de la bellísima condesa de Montemar.

Unos clarines resonaron con aguda marcialidad al exterior de los muros.

Y Giovan Fierro apareció, presuroso.

—Madona Altiera: acaba de llegar el estandarte de Ugo Paolo Renzo, que pide ser recibido.

* * *

Ugo Paolo Renzo, era el más típico ejemplar de condotiero libre. Descendiente de una antigua familia corsa de preclara prosapia, que se había distinguido siempre por su patriotismo y continua pugna con los invasores, Ugo Paolo Renzo era el mayor de tres hermanos.

Trágica era la historia de los tres hermanos Renzo. Alessandra Renzo enamoróse de un atildado e inteligente forastero, que luego resultó ser un agente genovés.

Conrado Paolo Renzo, el hermano menor, dio muerte al

prometido de su hermana. Y la *vendetta* estalló entre los dos hermanos. Los *bravi* de ambos, enzarzáronse en continuas escaramuzas sangrientas.

Ugo Paolo Renzo adoraba a Alessandra, pero, por otra parte, no podía reprochar al patriota Conrado que luchara contra los genoveses, que, instigando a Alessandra, la instaban a vengar la muerte de su amado.

Ugo Paolo Renzo, reuniendo bajo estandarte libre a todos los que antes de suceder estos hechos eran fieles servidores de la casa Renzo, pasó a guerrear contra los invasores, obteniendo señalados triunfos que, avalorando el prestigio de su nombre, le señalaban como el condotiero libre, luchando con sus propios medios para sacudir el yugo invasor de la isla corsa.

Era considerado genial estratega, y también hábil diplomático. Adquirió el respetuoso apodo de «Faciatosta» (Caraquemada), porque en un asalto a reducto francés un madero incendiado le cayó sobre la cabeza, infiriéndole quemaduras graves.

Desde entonces, para ocultar las horrendas cicatrices, Ugo Paolo Renzo llevaba alrededor de cara y cabeza un lienzo negro con una sola abertura, por la que miraba su único ojo válido.

Éste era el hombre que al frente de su estandarte, compuesto de un centenar de soldados, hallábase esperando ante la poterna principal del castillo de Montemar.

Erguido sobre los estribos de su pertrechado caballo percherón, relucientes al sol su casco y armadura, Ugo Paolo Renzo penetró por el puente tendido sobre el foso, cuando el capitán Giovan Fierro le salió al encuentro.

Un tercio de su estandarte entró con él, quedando los demás al exterior, sin descabalgar.

Pesadamente, puso pie a tierra en el patio de armas el condotiero. Conocía desde tiempo a Giovan Fierro, que le consideraba patricia imagen del señor que, pudiendo vivir cómodamente, había preferido sacrificarse por patriotismo viviendo la accidentada existencia del guerrero que iba lentamente arruinándose, porque mantenía su estandarte con la fortuna que heredó.

Después de cambiar palabras de mutua amistad, Ugo Paolo Renzo señaló con su mano enguantada en malla férrea las almenas

y baluartes.

—Genoveses y franceses no están por los alrededores, amigo mío. ¿Contra quién tus hombres se mantienen en estado de alarma?

Expuso Giovan Fierro cuanto había sucedido desde la primera notificación de la proximidad de Dago Corsi y su cuadrilla, hasta la reciente partida del propio bandolero.

Ningún comentario hizo Ugo Paolo Renzo. Su tenebroso aspecto impedía conocer sus reacciones o pensamientos, ya que de su faz sólo quedaba visible la cuenca de una pupila mortecina, melancólica.

Entregó por cortesía su cinto y armas, al igual que su broquel y lanza, al capitán, y poco después inclinábase ante las dos hermanas.

Almorzaron juntos, hablándose de la situación, de amistades comunes, de los prohombres de Ajaccio, y por fin, ya terminado el almuerzo, al cual hizo grandes honores el guerrero, demostrando que su apetito era envidiable, Alicia de Montemar se puso en pie.

—Os pido venia, messer Renzo, para retirarme, puesto que aceptasteis la invitación de mi hermana para albergaros hasta mañana en Montemar.

Marchóse la muchacha, y continuó en pie Ugo Paolo Renzo. Empezó a pasear por delante del sillón ocupado por Altiera.

—No busco el halago, ni pretendo elogios, madona. Mas decidme sin ambages el concepto que de mí tenéis.

—Sois íntegro, valeroso, justo y noble defensor de la libertad corsa. Y nunca vaciláis…

—Certero flechazo, madona —replicó el condotiero, sin dejar de pasear lentamente por delante de su interlocutora—. Nunca vacilo, y, sin embargo, ahora me veis indeciso. Primeramente os quiero exponer lo que callé ante vuestra hermana. Al parecer, genoveses y franceses se han retirado, y, en efecto, sus mesnadas han abandonado el suelo de nuestra isla. Pero vos que amante sois de la cetrería, ¿habéis visto al milano cuando se dispone a cazar una presa? Retrocede, se esconde, y de pronto aparece, inesperadamente y por donde menos le aguardaba su víctima. Poseo noticias de lo que sucede en Génova. La Banca de San Jorge está logrando lo que hasta hoy semejaba imposible: una unión temporal entre los jefes franceses y los genoveses.

—De lograrlo, grave sería el peligro, messer Renzo. Hasta hoy, la

enemistad entre ellos nos ayudó en nuestra defensa.

—La unión sólo se combate con el mismo método. Uniéndonos. Desperdigados por los montes, pululan cuadrillas libres. Cabalgando por los litorales, otros condotieros acaudillan estandartes. Representan en conjunto una gran fuerza lastimosamente desunida. Debo deciros que el gran maestre de Ajaccio, me ha encomendado una tarea casi imposible. Conseguir que los jefes de más prestigio consientan en actuar conjuntamente contra la futura invasión aliada. Por el instante, me ha sido encomendado el solicitar el apoyo de los dos bastiones que podrían servir para la defensa desde lo alto de Ajaccio, si esta ciudad fuera dominada por quienes cuentan con algo de lo que carecemos: naves.

—Contad con Montemar.

—No esperaba menos de vuestra reconocida generosidad, madona. Pero hay un segundo bastión… El Duino.

—Lo ocupan los bandidos de Dago Corsi.

—Éste es el principal punto que con vos he querido tratar a solas, madona. Vos, como yo, conocemos nuestro pueblo: violento, propenso al entusiasmo, rindiendo culto a los que se destacan en hechos de armas. Entre los condotieros yo gozo de renombre, y podría unirlos, sometiendo a elección el mando general. Este punto sabría resolverlo. Pero quedan las desperdigadas cuadrillas, las cuales, si bien odian y temen a Dago Corsi, se avendrían a pactar momentánea alianza contra el invasor y con nosotros, si Dago Corsi aceptara aliarse conmigo, cosa que hasta mi llegada a vuestro dominio consideraba imposible.

—¿Qué os hizo variar de pensamiento, messer?

—La certidumbre de que la reciente actitud de Dago Corsi, de la cual estoy en antecedentes debido a mi amistad antigua con Giovan Fierro, se debe a algo insólito, insospechado… Dago Corsi, por motivos íntimos, ha actuado casi caballerosamente.

—Quería rescatar a su escudero.

—Pudo hacerlo asaltando el castillo. Vos sabéis que sus hombres están avezados a desmantelar defensas, porque son gente montañera, ágil, y que no lucha noblemente. ¿Por qué, pues, vino solo, fingiéndose trovador? Seamos claros, madona. Prescindo de que seáis una dama. Os hablaré como si me estuviera oyendo vuestro padre, con el que lazos de afecto me unían. Dago Corsi

experimenta por vez primera un sentimiento humano…

—No sigáis, messer Renzo. No quiero que lo que podáis decir, suponga para mí un desengaño. ¿Cómo es posible que vos, un patricio íntegro, y honesto, no vea que propone un infame contubernio con un vil bandido?

—Dura sois, condesa —dijo Ugo Paolo Renzo, deteniéndose—. Vos conocéis mi historia. Pude encerrar en mazmorra a mi hermano Conrado, porque para eso soy el cabeza de los Renzo. No obstante, no he intervenido, porque él mató a un enemigo de Córcega. Antepuse mis privados sentimientos a lo que es para mí el único sentimiento de un corso: la defensa de su tierra. Una fratricida querella ha dividido mi familia. Alessandra, por venganza, está al lado de los genoveses… Todos saben que la adoro… y, no obstante, con mis propias manos la estrangularía, si su vida supusiera grave peligro para mi patria. ¿Es tan gran sacrificio, condesa de Montemar, el pediros que para bien de todos, os impongáis el deber, al cual no hubiera renunciado vuestro padre, de rogar a Dago Corsi que acuda a veros? Para que triunfen las buenas causas, hay que recurrir a veces a medios que privadamente nos repelen, señora condesa. ¿Creéis que no doy gracias a que mi faz velada no permite ver el sonrojo que la cubre? Reflexionad, madona. Yo comprendo que no podéis tomar una decisión tan grave en breve tiempo. Esta noche tendré el honor de presentarme de nuevo ante vos. Ahora, os dejo a solas. No me contestéis ni digáis nada, madona, porque sobradamente adivino, el enojo y la repulsión que mis palabras os han causado.

Pasó Ugo Paolo Renzo la tarde con el capitán Fierro. Tenían mucho de que hablar, y evitaron cuidadosamente la menor mención hacia lo que constituía tema de contradictorias reflexiones para Altiera Montemar.

Anochecido ya, un paje vino a advertir a «Faciatosta» que madona Altiera le rogaba se presentara, en compañía del capitán.

Los dos hombres de armas, disimulando su ansiedad, mantuviéronse expectantes ante la que, más pálido que de costumbre el semblante, tardó en hablar.

Lo hizo reposadamente, con una fría sequedad, que entristeció a Giovan Fierro.

—Deduzco, messer Renzo, que estimáis muy poderosa cierta

atracción que experimenta Dago Corsi. Ahora bien, ¿creéis que un desalmado como él mantendría su palabra si la empeñara?

—La mantendría, si obtuviera ciertas promesas. Escuchad, condesa de Montemar: vuestro sacrificio tendría dos epílogos. Si, gracias a la ayuda de los bandoleros de Corsi, pudiéramos rechazar el ataque invasor, vos seríais para mí una heroína…

—Prescindamos de mí. ¿Y si Dago Corsi esto viera…, resintiera pasión por Alicia?

—La tuvo en su poder, madona. Vino a veros a vos. Vos sois la que le atrae. Y ahora, ante vuestro capitán, mi amigo, os suplico me toméis un juramento.

Pausadamente, el condotiero se arrodilló, quitóse el casco, y cruzó sus manos enguantadas en mallas de hierro a altura del regazo de Altiera de Montemar.

—Juro por la causa corsa, que, obtenido el triunfo sobre el enemigo, me daré muerte por haber tenido que recabar de vos el sacrificio máximo que a honesta mujer puede pedirse. Juro que mi muerte no será inútil, porque a traición, si es preciso, con mis propias manos quitaré la vida del que, por imperativo de las circunstancias, hasta el triunfo necesito por aliado.

Madona Altiera cerró los párpados. Cuando el condotiero se hubo levantado, dijo ella, en tono trivial:

—Giovan: salid con veinte soldados y bandera de parlamento, al encuentro de Dago Corsi. Ir presto al bosque Farnedo, hacia el Duino, e invitad…, rogad a Dago Corsi que me visite, porque deseo hablarle.

CAPÍTULO IX

UNA CITA PRIMORDIAL.

—¿Cuál es la trampa? —Sonrió Luys Gallardo, al reiterar Giovan Fierro la invitación de la condesa de Montemar.

Crispó los puños el soldado, pero dominóse, porque pensaba en el sublime sacrificio a que estaba dispuesta madona Altiera.

—Justo es, messer Corsi, que avezado a emboscadas, tal se os figure mi requerimiento suplicado.

—No es exagerada suspicacia la mía, capitán. Recuerdo tan sólo que no más lejos que este mediodía, tu dueña y señora me expresó valientemente que su más dulce deseo sería verme muerto. Y si salí con vida de Montemar, debióse a un trueque.

—Os doy mi palabra de honor de que madona Altiera ha cambiado de talante y… experimenta, hacia vos la más gentil de las disposiciones.

—Firme y decidida me pareció madona Altiera, capitán, para que en tan corto lapso de tiempo, varíe de pensar. Pero no pongo en duda tu honor. En otras circunstancias, volaría sin tardanza a besar los pies de la señora condesa, pero tengo una cita primordial de la cual, puedo asegurarte sin mentir, que depende mi futuro. Presenta, pues, mis más rendidas excusas a madona Altiera, y asegúrale que el día de mañana será para mí un alborear privilegiado, puesto que me permitirá de nuevo admirar la belleza de tu dueña y señora… No insistas, capitán… debes comprender que muy importante es la cita que de antemano adquirí, cuando no me precipito al instante a extasiarme ante la serena hermosura de madona Altiera… ¡Presto, capitán! ¡Vete con tus soldados!

Obedeció rápidamente el valeroso soldado. Y por la premura recelosa con que fuéronse todos alejando, comprendió Luys

Gallardo que, además de su arrojo personal y temerario, contaba ahora con la aureola del temible poder de Dago Corsi.

Saltó el español tras el matorral, donde, amordazado, Dago Corsi había desistido ya de forcejear para liberarse de sus ligaduras.

Arrodillado a su lado, Bembo, provisto de las armas de Rodrigo Camorra, sostenía en la diestra un puñal y en la izquierda una hacha de corto mango, pero afiladísima media luna.

—¿Ves lo que te decía, Rodrigo? Te vas sintiendo valentón… No hay nada que dé mayor euforia que saberse temido. Y lo serás… Verás cuando mañana te presente yo a mis piojos como substituto del fallecido Camorra. Te cogerán miedo… —Y el trovador rió regocijado al ver la asustada expresión en que súbitamente trocábase el aire de matamoros del gordo piamontés. —No temas, malandrín. Sólo tú y yo sabremos que eres un conejo cobarde.

—¿Pero… es que piensas, mi amo, meterte en la cueva de los lobos?

—Necia es tu pregunta, fiero Camorra. Deberías ya conocerme lo bastante para saber que cuando empiezo una cosa, la termino. Y ahora, abre bien los pámpanos: anteayer, cuando llegamos a este bosque, exploraste y hallaste una cueva de difícil entrada y fácil salida. Transportarás a ella esos dos hombres. Fíjate bien, mi lugarteniente. Si no te escondes con ellos en forma que ni un sabueso te encuentre, todos los martirios habidos y creados por la mente más perversa, serán pocos en comparación con los que te administraría Dago Corsi, el verdadero, si se liberase.

—Lobo muerto, corderos contentos, mi amo —dijo Bembo, agitando significativamente el hacha ante el cuello de Dago Corsi.

—No soy yo ningún cordero, botarate. Necesito con vida a este hombre, por si quiero algún día recuperar mi libre vuelo de trovador errante. A lo dicho, feroz Bembo. Para cerciorarme de que no tropezarás con obstáculos, te acompañaré. Carga con tu vencido, que llevaré yo a mi gemelo.

Sobre el hombro, con hercúleo esguince de riñones, cargó Luys Gallardo al bandolero. Bembo demostró que su gordura era maciza y de compacta robustez al levantar el cadáver de Rodrigo Camorra.

Poco después, ambos depositaban en el suelo los dos cuerpos. Hallábanse en estrecha caverna formada por profundo hoyo, cuya entrada, cubierta de matorrales, abríase en pendiente por la que se

deslizaban ruidosamente los guijarros que cubrían el suelo.

Bembo retorció un trapo, colocándolo debajo de unas ramas secas que ya había previsoriamente amontonado en la cueva que eligió dos días antes, como probable residencia en caso de lluvia.

Aplicó yesca y pedernal, y cuando la llama prendió, cubrió con tierra la casi totalidad de las ramas.

Enseñanzas de cuando en el Piamonte los salteadores de caminos, de los que era simple cocinero, encendían lumbre que de brasero les sirviera y no fuera divisada de lejos.

—Creo, mi amo, que más valdría colocar a ése —y Bembo señaló a Dago Corsi— en el hoyo aquél, que aquí dentro…

—Lo mejor que sepas para salvaguardar tu pellejo. Y dale sepultura al que de ahora en adelante substituirás. No te muevas de aquí hasta mi regreso.

—Mi amo…, ¿no quieres, que te acompañe a visitar al turco?

—¡Rollizo piojo mil veces mentecato! ¿No te enteraste que sólo hay una voz en Córcega? La mía. Lo que yo quiera, ya te lo haré saber oportunamente. Y para verme con el turco Abdul Hamez, que amistosa cita me ha dado, no te necesito.

—Buena suerte, mi amo.

—Siempre la tuve, desde que pisé esta isla. ¿No es la mejor de las suertes ser gentilmente requerido por la más hermosa de las castellanas orgullosas? No todo han de ser inconvenientes en la profesión de sanguinario bandido.

* * *

—Este sanguinario bandido puede con mi ayuda ser el tirano que con su desmedida ambición entregue la isla al imperio del gran visir, que Alá bendiga.

El que acababa de hablar, individuo de fofa corpulencia elefantisiaca, desparramaba sus carnes en amplio diván que ocupaba el centro de una lujosísima camarera.

En su turbante verde brillaba una media luna de diamantes. Tenía unos ojos acuosos de un color verdoso sucio, y su nariz colgaba, a modo de arrugado pimiento, sobre la profusión capilar, que ennegrecía toda la parte inferior de su rostro, llegándole la barba hasta medio pecho.

Abdul Hamez, el poderoso, el pirata favorito del gran visir, el

emperador del mar, el brazo derecho del reino otomán, hacía grandes pausas entre cada frase.

Una de sus adiposas manos velludas sostenía el largo tubo del *narghilé*, que como sierpe enroscada, exhalaba el aromático y denso tabaco opiático que quemaba en redondo receptáculo.

Su otra mano acariciaba los diversos collares de cuentas refulgentes que, rodeando su cuello, descansaban sobre la triple redondez de su pecho, estómago y vientre.

Vestía holgado chaleco rojo, amplio pantalón verde, y sus anchos pies hundíanse en muelles chinelas de tafilete, de retorcida punta.

Un alfanje en vaina, de esmeraldas incrustadas en oro, estaba al alcance de su mano, sobre una mesita.

Había engordado mucho Abdul Hamez desde que, simple capitán de *djerma*, nave de veinte remeros, había llegado a ser el jefe de tres galeotas de dieciséis bancos.

Anclaba ahora, en su galeota almirante, en las quietas aguas del desértico litoral norteño de la isla de Cerdeña.

Frente a él, un individuo vestido a la europea, en pie, presentaba un aspecto aparatoso de matachín perdonavidas.

La punta de la espada, alzando el extremo de la capa de rojo carmesí; las altas botas de cordobán, con vuelos de raso; el calzón azul, el acuchillado jubón verde, el chambergo rematado por vibrante pluma de gallo, y toda la actitud del que vestía en forma tan llamativa, inspiraban, apenas visto, la apariencia de un soldado de fortuna, retador y quisquilloso.

—Tus muchas dotes, Rasuni, te han valido el ser elegido como embajador mío, cerca de Dago Corsi. Tu dominio de varias lenguas infieles, me será de gran utilidad. Conoces ya mi propósito, y debes cerciorarte sobre el terreno de la real influencia de Dago Corsi. Eres astuto, y tu valentía ha quedado demostrada desde que, renegando de tu infiel credo, mereciste la protección de Alá. Sabes, pues, cuál es tu cometido. Ser la sombra de Dago Corsi y conseguir que este sanguinario bandido sirva para mis planes. Preparados están los seis remeros que, vestidos a usanza infiel, te acompañarán al lugar de la cita con quien me espera. Al término de cada semana, un emisario irá a la gruta de Anfitrite para darte mis órdenes y recoger tus informes. Alá sea contigo, Rasuni.

Poco después, una chalupa, dotada de vela triangular, remada en su salida de la bahía por seis recios individuos vestidos a la usanza marinera europea, alejábase de la anclada galeota de Abdul Hamez.

En la proa, envuelto en su capa, Rasuni para los turcos, aún sentado, ostentaba la postura de un retador gallo de pelea.

* * *

En las afueras de la ciudad de Ajaccio, en rocoso paraje poco frecuentado por la gente de bien, porque era frecuente tumba de galanes imprudentes, infieles Evas y de cuantos sucumbían a traidoras citas que no tenían más fin que desembarazarse de molestos rivales en amores, politiqueos y ambiciones, escalonábanse, en encaje de roquiza contextura, los peñascos bajo los cuales dormían las quietas aguas de la maravillosa gruta de Anfitrite.

En el centro de la grandiosa gruta, se remansaba en plácido azul denso el agua cristalina de una laguna, llamada por los naturales, Espejo de Venus.

Todo a su alrededor, y a modo de engarce, extendíase el rosáceo mármol, que a trechos, por capricho de la naturaleza, formaba bancos que habían sido testigos de incipientes escenas de amor, donde los suspiros de los que se creían galanes afortunados o cortejadas por alto personaje, truncaban sus arrullos en gemido de agonía, al ser alcanzados traidoramente por acero asesino, de *bravis* a sueldo.

Las columnas de extraños contornos que formaban las estalactitas, anchas en la bóveda y casi transparentes en su unión con las estalagmitas, semejaban cuencas vacías de gigantescos ojos de gigante.

El color del mármol concedía reflejo de tenue luminosidad al Espejo de Venus, pero el silencio impresionante impedía el éxtasis de cualquier caminante que por allá se extraviara, que sobrecogido por algo indefinible y sobrenatural ante aquella maravilla de la naturaleza, buscaría diligente pronta salida.

No así Luys Gallardo, que, aunque con el sentido combativo siempre alerta y despierto, deambulaba parsimoniosamente por una de las márgenes del lago.

Faltaba aún cierto tiempo para la cita con Abdul Hamez, pero el trovador, que, con euforia de aventurero audaz, suplantaba a Dago Corsi, no lamentaba su anticipación.

De pronto se detuvo, apoyando sus manos en los riñones, saliente el atlético busto, vigilante la mirada.

Por entre unas columnas, a su derecha, que formaban a modo de alameda endoselada, dibujábase una silueta, al principio vaporosa e indecisa, que al ir avanzando fue adquiriendo la personalidad de una mujer.

Una mujer…, iba pensando Luys Gallardo, mientras con sinuosa sonrisa la desconocida iba acercándose. Pero no de las que el español calificaba de mujer-ángel, que inspirábale siempre puros arranques de sentimental arrobo, sino una mujer-diablesa.

Largos bucles negros contrastaban con el blancor de los hombros desnudos en atrevido escote, prieto el talle en corpiño de negro terciopelo, que sujetaba la camisola blanca.

Una falda de listas rojas y negras llegaba a media pierna, de la que, sin medias, calzaba rojas sandalias de cintas que, alrededor del tobillo y la pantorrilla, anudábanse bajo la rodilla.

Las cejas, en línea oblicua, que sobre la respingona nariz se remontaba hacia las sienes, los verdes ojos, los rojos labios sensuales y el ondulante andar de la desconocida, tenían una fascinación turbia.

Se detuvo a dos pasos de Luys Gallardo, mirándole con sonrisa ambigua de pícara elocuencia.

—No creas que me atemorizará el estallido de tu cólera —dijo ella, con cálida voz de ronca resonancia acariciante—. Supe por Camorra que tenías aquí cita con un pirata bereber, y he venido. Hace ya más de ocho días con sus largas noches que me prometiste tardar solamente unas horas en llamarme… No me maldigas, Dago, ni te enfurezcas. Estoy aquí porque sin ti no puedo vivir, y tú me quieres… Sí, amor mío, el destino nos unió, y sólo la muerte podrá separarnos. Anhelo tus ardientes besos y tus rudas caricias…

—Aparta, mujer —dijo, sin sonreír, Luys Gallardo, tratando de ser lo más posible el áspero y orgulloso bandido—. No he venido aquí para entrevistarme contigo. Por suerte, estoy de buen talante, y no te echo al agua. Vete…, ¡vete al Duino! Allí me esperarás.

—No quiero —dijo ella, apartándose, y evidentemente dispuesta

a correr al menor gesto amenazador del que suponía su amante—. He sabido que rondas el castillo de Montemar… —Y cruzando los dos pulgares, con ademán salvaje, los besó—… y por ésas te juro que mi puñal arrancará el corazón de la Montemar, que te hace permanecer en el Duino.

—Cuidado, mujer —replicó, forzando una sombría mueca Luys Gallardo—. También yo juro que te he de desollar viva si te atreves a… ¡Vete ya, y no abuses de mi tolerancia!

—Me iré si me besas, Dago —musitó ella, acercándose mimosa.

Luys Gallardo comprobó que el aspecto de la desconocida concordaba con su fascinador encanto turbio, por la embriaguez de sus labios sapientes.

La apartó con cierta brutalidad.

—Obedece. Y anuncia a mis piojos que Rodrigo Camorra ha muerto.

Mientras retrocedía, dilató ella sus verdes ojos, estupefacta.

—Murió valientemente, luchando contra una decena de soldados que nos atacaron en el camino de la costa. Vete…



—Me iré si me besas, Dago—musitó ella, mimosa

—Camorra era el único hombre en el mundo al cual profesabas amistad, Dago. Debes sufrir…

—Aquí, en Ajaccio, encontraré a otro que antaño fue mi mejor amigo. Él será quien substituirá a Rodrigo. Anúncialo así a todos en el Duino. Que me acompañará un piamontés, cuya valiente ferocidad, que a nada y a nadie teme, hasta a mí me impone. Y

ahora, vete, que no ha de tardar en venir Abdul Hamez.

—Por favor, Dago, déjame que te aguarde en el camino de la ermita.

Luys Gallardo, aunque con íntima repulsión, alzó la mano como si se dispusiera a pegar.

Ella, con ligereza que hablaba de práctica, huyó, y desde lejos, deteniéndose, rió:

—Siempre tan huraño y salvaje, mi amor. No te enojes con tu Bárbara, si sabes que es tu esclava.

Partió ella, desapareciendo entre las columnas hacia el fondo de penumbra que señalaba una de las salidas de la vasta gruta de Anfitrite.

Su gesto de despedida, a medida que se alejaba, era lanzar apasionados besos con sus dos manos, Luys Gallardo, aplicada la diestra sobre sus labios, murmuró:

—Se llama Bárbara, y por lo visto nos queremos mucho. Indudablemente Dago Corsi no podía sentirse atraído más que por una hembra de esa especie… Hola, ¿quién será ahora ese matamoros?

El renegado llamado Rasuni por Abdul Hamez, aproximábase en lento contoneo retador.

Súbitamente experimentó Luys Gallardo la sensación de que aquel apuesto sujeto que se iba acercando era de los que inspiraban el vehemente deseo de rebajarles los humos.

Pero el recién llegado detúvose a cuatro pasos frente al trovador, y quitándose el chambergo, barrió el mármol con la pluma de gallo.

—Vuestro servidor, messer Corsi. Os reconozco porque tengo grabada en la memoria la descripción que de vos me hicieron espías de Abdul Hamez. Tres enviaron, y sólo uno de ellos pudo regresar indemne. Los otros dos murieron a manos de vuestros hombres.

—¿Quién eres tú?

—Rasuni, enviado embajador de Abdul Hamez, que conmigo os manda sus afectuosos saludos.

—Prueba —dijo secamente Luys Gallardo.

Hurgó Rasuni en el forro de su chambergo donde extrajo un rectángulo de piel curtida que tendió a Luys Gallardo.

El trovador leyó:

«Rasuni, mi fiel representante. Abdul Hamez».

—Comparad la firma, messer Corsi, y los arabescos.

Devolvió Gallardo el pedazo de piel escrita.

—No he enviado yo a mi representante, sino que en persona he venido. ¿Es que acaso Abdul Hamez se considera superior a mí?

—Abdul Hamez padece la enfermedad intermitente que los europeos llaman gota, y no ha podido trasladarse como era su deseo.

—Si lo hubiera hecho, mejor le iría, ya que soy buen sangrador, y nada más adecuado que una sangría para todas las dolencias. Pero vayamos a lo que me interesa. Ha tiempo envié mensajero a tu amo. Le propuse aliarnos para compartir el dominio de la isla. ¿Dónde están las galeotas que necesito?

—Tan vasto plan como el que habéis ingeniado, messer Corsi, pide un profundo estudio sobre el mismo terreno, y para eso estoy a vuestras órdenes.

—Necesito galeotas y no engallados renegados…

Rasuni hizo una extraña maniobra. Volvió la espalda, apoyándola en contacto contra la Luys Gallardo, que acababa de volverse al sentir pasos tras él.

—Creo, messer Corsi, que en este momento os será más útil el que un «engallado renegado» os guarde la espalda, que cuantas galeotas puedan anclar en todas las bahías de Córcega.

A cada extremo de la natural plataforma iban apareciendo individuos, enrollada la capa en el brazo izquierdo a usanza de los *bravi*.

En la mano zurda llevaban la daga llamada «misericordia» que les servía para rematar al herido, y en la diestra la larga espada de triple filo.

Sintió Gallardo el macizo contacto de las amplias espaldas del renegado contra las suyas.

Los *bravis* aproximábanse lenta y cautelosamente. Sus rostros expresaban bien a las claras sus intenciones…

Uno de ellos, que atrás quedaba, ordenó vibrantemente:



Uno de ellos que atrás quedaba, ordenó: —¡Sus y a ellos!

—¡Sus y a ellos!

Brotó una sonrisa irreprimible en los labios del trovador al oír que el hombre que contra sus espaldas se apoyaba, decía en castizo español:

—Vamos a verlo, tunantes, que mucho hombre es mi menda golosa para espichar en covacha italiana.

CAPÍTULO X

DELFÍN LECHUGA, «SIETE VIDAS».

La anchura de la plataforma en la que se hallaban los dos hombres, no permitía el avance de los *bravis*, más que de cuatro en cuatro…

A la vez, abalanzáronse los primeros. El que los turcos llamaban Rasuni, describiendo con el estoque molinetes vertiginosos, y con la larga daga proyectada en línea recta hacia delante, fue parando estocadas, y sus réplicas eran veloces y certeras…

Luys Gallardo movió por dos veces los antebrazos como si arrojara lejos de sí algo que le molestaba.

Vibraron dos relámpagos, y dos *bravis*, dando un traspiés, cayeron de bruces atravesada la garganta. El tercero quiso hurtarse al lanzamiento mortal, pero la otra daga que del cinto salió, penetró con justeza en su pecho.

Saltó Gallardo hacia delante, mientra sus manos, por un instante apoyadas en los riñones, iban lanzando las restantes dagas pertenecientes al bandido prisionero.

Retrocedieron los *bravis* desordenadamente ante el ataque impetuoso del español… Quedaban en pie dos, contra los que estoque en alto, lanzóse Luys Gallardo…

Mientras, Rasuni, con brío no exento de felina flema, iba retrocediendo en evitación de que sus espaldas viéranse indefensas, ante el avance de los *bravis*, que pretendían cercarlo por tres lados, acorralándolo contra el borde del lago.

—¡Aguanta! —gritó Gallardo liberado ya de los dos últimos *bravis* que hacia él habían avanzado—, ¡acudo!

Acudía a tiempo, porque pese a la brava defensa del enviado de Abdul Hamez, que ya había derribado malheridos a tres de los atacantes, los otros cinco *bravis* iban creciéndose en el vigor de sus

traidoras acometidas.

Como un torbellino, la llegada de Luys Gallardo creó el desconcierto en los que asediaban a Rasuni.

Codo a codo los dos hombres, fueron ahora avanzando… y los dos *bravis* que en pie quedaron, lanzando un grito de rabiosa decepción, emprendieron carrera vergonzosa.

El que desde lejos azuzaba con sus ternos e imprecaciones a la tropa de asesinos a sueldo, dio la señal de huida, corriendo el primero.

Inclinóse Luys Gallardo para extraer de dos cadáveres, dos dagas que lanzó reciamente…

—¡Voy por el otro! —Oyó exclamar a Rasuni.

Y poco después de desaparecer por entre las columnas, reapareció Rasuni, sosteniendo de extraño modo al jefe de los *bravi*.

Lo llevaba ante él, rodeándole el cuello con su brazo, mientras le aplicaba en los riñones la punta de su daga, envainando ya el estoque.

El jefe *bravi* arqueábase hacia delante, no para evitar el pinchazo de la daga, sino por la torsión de cuello a que obligábale Rasuni, al atraerlo hacia él.

Volvió a sonreír Luys Gallardo al oír que en Italiano decía el enviado de Abdul Hamez:

—Supuse, messer Corsi, que os interesaría saber quién pagó esta emboscada.

—Bien supuesto. Suelta a ese piojo…

Sostenía Luys Gallardo en la diestra una de una dagas, que acababa de extraer de otro cadáver.

El jefe *bravi*, privado de retroceder por el acero que a sus espaldas le pinchaba, miró con enajenado pavor al que le sonreía con cruel complacencia, identificado con el afamado Dago Corsi.

—Erais trece. Mal número. Sólo quedas rufián. Si quieres salir vivo para ir a comunicar a tus dueños mi respuesta, habla. ¿Quién te ha pagado?

El prisionero respingó, porque en la parte más carnosa de su cuerpo acababa de morder el acero empuñado por Rasuni.

—¡La *signora* Sandra! ¡Ella nos pagó… para que con vida os apresáramos, messer!

—¿Quién es la *signora* Sandra?

—Alessandra Renzo, messer.

—Me ha insultado gravemente esa dama, al suponer que para coger vivo a Dago Corsi bastaban trece botarates asesinos. Átale las manos, Rasmuni, para que se vaya sin molestarnos desde lejos. Y tú, dile a la *signora* Sandra Renzo, que ahora estoy muy atareado, pero que tan pronto termine con otras citas importantes que me aguardan, iré a visitarla, para devolverle su atención, cuya finalidad ignoro. Y soy muy curioso. Se lo dirás así, ¿verdad, encanto?

El jefe *bravi* asintió en muda cabezada, temblorosos los miembros atados a su espalda por Rasuni.

—¡Fuera! —Y Luys Gallardo agitó significativamente la daga.

El *bravi* empezó a correr grotescamente. Veíase que no se detendría hasta estar muy lejos de la gruta de Anfitrite.

Dedicóse Gallardo a recocer sus dagas, limpiándolas en las ropas de los caídos. Fue colocándoselas en el cinto, y las dos últimas, en las fundas ocultas bajo la tela que cubría sus antebrazos.

Miró entonces al que le observaba con extraña mirada felina, y que quitándose el chambergo, saludó ampliamente.

—Reconozco, messer Corsi, que sois luchador de primerísima categoría.

—No lo hiciste tú mal tampoco, compadre. Por cierto que, al iniciarse el ataque te oí palabras que no eran de parla italiana.

—Una costumbre mía, messer. Me doy ánimos recitando una sentencia sefardita.

—¿Sí? Cuidado, Rasuni. Que a fe de Dago Corsi, no gusto de ser engañado. Tus palabras me sonaron a puro español.

—A fe de Delfín Lechuga, que es mi nombre, y a fuer de mi apodo de «Siete Vidas» porque en muchos sitios por muerto me dejaron y vivo sigo, que no deseo engañaros. Antes de renegar de mi condición de español escapado de galeras y entrar al servicio de Abdul Hamez, los alguaciles me apodaban «Siete Vidas» porque del gato tenía yo la ligereza, la mala intención y el sobrevivir a los peores golpes.

Miró despacio Gallardo a su compatriota. Los mostachos rematados en airosas guías enhiestas, los redondos ojos brillantes y de cambiante color…

—Cierto que del gato tienes la retadora arrogancia. ¿Te llamo Rasuni o por tu verdadero nombre?

—Tierra es ésta de cristianos, messer. Os quedaré pues reconocidísimo si os dignáis recordar que Delfín Lechuga es prenda de mi linaje preclaro.

—Me pareces un redomado pícaro, Delfín.

—Nada se os escapa, messer.

—Ayúdame, ya que lo ha querido la ocasión. ¿No opinas que esos «adornos» no concuerdan con la belleza del paisaje?

E inclinándose Luys Gallardo, en su papel de desalmado Dago Corsi, levantó en vilo a uno de los cadáveres, arrojándolo al lago.

—Tumba poética —dijo, por todo comentario Delfín Lechuga, que agachándose a su vez, levantó a otro *bravi*, imitando el gesto del trovador.

—Eres fuerte, Delfín.

—Desde mis siete años, raro fue el día en que no se ejercitara una de las partes de mi cuerpo. Cuando no eran las piernas, corriendo perseguido, eran los brazos, peleando, o las espaldas, recibiendo vergazos.

Quedó libre la plataforma… En el lago varios círculos concéntricos, señalaban el sitio donde los asesinos habían hallado definitiva tumba.

—Bien, y ahora que ya te conozco mejor, y no me siento predispuesto contra tu aspecto, hablemos.

Una desvergonzada mueca torció los labios de Delfín Lechuga.

—¿También a vos, messer, vos, el superhombre, os inspiré el deseo de pegarme?

—Ya pasó. No tienes la culpa de andar como un gallo pidiendo querella, ni de mirar como un perdonavidas. Si eres español, y como tal, te gusta la claridad, ¿cuál es en definitiva el objeto de tu representación del enfermizo Abdul Hamez?

—No os enojéis conmigo, messer. Soy simple embajador del dócil temperamento turco. Desea mi dueño saber si realmente vuestro poder en la isla es tal como lo describe la fama. Mucha es la ayuda que os ha de proporcionar. Sufrid pues que yo, por mis ojos, compruebe que sois el rey de la tierra corsa.

—Necesito galeotas, y por tanto, acepto tu compañía. Vayámonos de aquí, antes de que acudan más importunos. Por cierto… ¿Cómo sabría la *signora* Renzo que estaba yo aquí? Sólo éramos cuatro a saberlo: yo, Abdul, mi difunto segundo, y mi

tormentosa Bárbara. Tendré que averiguar quién me traicionó.

—Descartadme a mí, messer.

—Ya lo hago. Y también descarto al fiel Camorra. Sólo queda, pues, la diablesa.

Amanecía en el exterior. Embozándose en sus capas, los dos hombres ascendieron por el sendero que conducía a las colinas de Montemar y del Duino.

—Bella tierra la corsa, messer. Lástima que estos parajes que invitan a soñar, véanse conturbados por fratricidas luchas… Indudablemente saldrá ganando la isla, cuando vos seáis el conde de Córcega, porque habéis manifestado cierto espíritu poético al no consentir que vulgares carroñas ensuciaran el límpido estuche del Lago de Venus.

—Calla el pico, Delfín, que me parece que es necesario evitar que te tomes confianzas, porque tu apellido habla de frescura sin par.

—Cierro el pico, messer, y os reitero mi admiración. Nada se os escapa.

A la media hora de caminar, Luys Gallardo se detuvo. Señaló la recia estampa del castillo de Montemar.

—Tengo allá cita de galante apremio, Rasuni. Después iremos al Duino, donde mi gente aguarda. Mientras converse yo con la dama que dentro de aquellos muros suspira por mi llegada, permanece donde te corresponde. Fuera y esperando.

—Por español, que aunque renegado soy no he perdido mi galantería, messer, considero vuestra orden muy natural, que no me envió Abdul Hamez a comprobar vuestros éxitos de galante aventurero sino vuestro poderío como rey de vidas.

Poco después, Luys Gallardo, ante la poterna principal del castillo de Montemar, por segunda vez en veinticuatro horas, exclamaba:

—¡Un trovador pide la merced de ser recibido por el dueño y señor de Montemar!

CAPÍTULO XI

EL LEÓN SIN GARRAS Y EL SOL EN LA NIEVE…

Altiera de Montemar tardó en hallar el sueño. En la suntuosa alcoba, separada de la de su hermana Alicia por sólo un cortinaje que estampado llevaba el escudo de los Montemar, Altiera removióse en inútil búsqueda de una postura que le aportase el descanso.

Atribuía su desvelo a las incidencias del día: su zozobra por la desaparición de Alicia, su enojo contra el que siendo carne de horca habíase atrevido a presentarse solo en el castillo…

Pero en uno de esos breves instantes en que todo humano se siente veraz consigo mismo, reconocía Altiera que la principal causa de su desvelo residía en lo que consideraba un desaire.

Había sido precisa toda la influencia de Ugo Paolo Renzo para lograr que Altiera rectificase su decisión, y al regreso de Giovan Fierro anunciando que Dago Corsi, por tener cita primordial, se rendiría a la invitación de ella con posterioridad, se sintió humillada.

El orgullo de casta, la costumbre de ser siempre obedecida desde su infancia, habían convertido a Altiera en mujer que estimaba imposible hallar negativas.

Más cuando había condescendido a invitar a un plebeyo cuyo título de valía era el ser un desalmado bandido que por las circunstancias convertíase en prohombre.

—Lodazal cenagoso es la política, messer Renzo —había ella comentado, cuando a instancias del condotiero accedió a recibir al bandolero en el momento en que tuviera a bien presentarse—. Turbios son los medios que conducen a que la justa causa triunfe. ¿Pues qué? ¿Yo, Altiera de Montemar, debo inclinarme ante el

caprichoso proceder de un villano que a mi invitación replica con desaire?

—Vuestro sacrificio, madona, incluye también el de nuestra mutua dignidad. Creed que de no ser Dago Corsi tan necesario para el buen éxito de mi propósito, que no es otro que salvar vidas inocentes, no insistiría tanto.

Eran ya las dos de la madrugada, y seguía madona Altiera desvelada. Y al romper el alba, estaba confusa.

No sabía si en los cortos lapsos de amodorramiento, o en los de semivela, otra mujer que ignoraba alentara en su cuerpo, dibujaba mentalmente con pecaminosa complacencia la viril figura latiente del que se había presentado como trovador.

Al abandonar el lecho, pasó Altiera a arrodillarse ante el altarcito que contenía una diminuta imagen tallada en marfil de la Virgen María.

Sus oraciones eran atribuladas, porque pedía perdón por el sacrificio que iba a imponerse, y también indulgencia porque obscuramente, no sabía sí despierta o soñando, había contemplado sin repulsión la evocada figura de Dago Corsi.

El sol empezaba a entibiar el amurallado recinto, cuando Giovan Fierro vino a comunicar a Altiera que Dago Corsi pedía ser recibido.

Hizo ella una señal de asentimiento, y mientras esperaba en la sala de audiencias a solas, sentada en el sitial del estrado, reprochábase el extraño latido que golpeaba dolorosamente en su pecho.

¿Era zozobra de orgullo dispuesto a sacrificarse? ¿Era anhelo de ver al hombre que odiaba…?

En el umbral, apartóse Giovan Fierro para anunciar con empaque:

—¡Madona, messer Corsi se rinde a vuestra invitación!

El ademán de ella fue explícito, y Giovan Fierro desapareció.

Luys Gallardo avanzó para inclinarse ante la condesa de Montemar.

—Vuestro servidor, condesa. Tened la suprema bondad de excusarme si anoche, tal como era mi más ferviente deseo, no pude presentarme. Una urgente cita me imponía la desagradable obligación de posponer el invidiable momento de contemplaros.

Ella, pese a cuanto se había propuesto, sintióse irritada contra el

que con ademanes de caballero y lenguaje correcto, no era más que un vil asesino a sus ojos.

—Sois un histrión —dijo secamente, aumentada su desazón porque la mirada del trovador era admirativa, risueña y amable.

—¿Empezamos ya, madona? —Sonrió Luys Gallardo—. No merezco de vuestros labios más que insultos, y en vuestros hermosos ojos hay desprecio.

—Heredé de mis antecesores la virtud de ser clara y franca. Os he llamado, Dago Corsi, porque, si bien os odio, amo con todo mi corazón a mi tierra natal.

—¿Y por qué me odiáis? ¿Qué mal os hice?

—Sois león que nunca se sacia, destrozando vidas, y encanallando el mismo aire que infectáis con vuestro aliento…

—Sois nieve pura, y las rosas que en vuestras mejillas nacen al influjo de pasión, sea odio, sea orgullo, os hacen divinamente seductora, madona. Veis que a vuestras poco halagadoras frases, replico como galante trovador que soy. Ahora decidme, madona: ¿me invitasteis para cubrirme de improperios?

—Detesto aún más el tono risueño, casi protector con que me habláis, Dago Corsi. No os esforcéis en aparentar galantería. De vos sólo espero brutalidad, zorruno disimulo, y bellaca intención. Hablemos claro, y aunque lo que tengo que deciros sería incapaz de expresarlo ante persona bien nacida, a vos sí puedo ofrecerlo. ¿Cuánto oro queréis para pactar alianza conmigo?

—¿Oro? ¿Alianza? ¿Pacto? De vos sólo quiero el oro de una sonrisa, la alianza de una amistad, y el pacto de mutua condescendencia: os soy antipático, y eso me duele profundamente, madona, porque desde que os vi, deseé ganarme vuestra amabilidad. ¡Es tan maravillosa la nieve cuando se entibia acariciada por el sol! Pactemos sol de amistad, madona… y vuestro esclavo seré.

—¡Pago ofrezco, que amistad no doy a villano!

Luys Gallardo hizo con las manos un gesto significativo, que demostraba que se daba por vencido.

—Como queráis, altiva castellana. Vine sin garras, y vos las buscáis. Hablemos pues a vuestro estilo. ¿Qué pedís de mí?

—Cuando empezasteis a sembrar el terror en la isla, luchabais contra los invasores. Después… los Hermanos Corsos convirtiéronse

en manada de lobos crueles, y otras cuadrillas surgieron, infestando el suelo de mi amada patria. Vos, desgraciadamente, tenéis un poderío infernal. Si lo quisierais, podríais acaudillar cuantos bandidos merodean por la isla. Hacedlo, y servid la causa corsa preparándoos para, con la unión de todos los bandoleros isleños, hacer frente al próximo ataque invasor.

—Puedo… ¿Qué me ofrecéis?

—Pedid, que el patrimonio de los Montemar es copioso.

—Antes necesito una aclaración. Os alabáis de sincera. Dejadme comprobarlo. ¿Vuestra propuesta nace de vos misma? ¿Pactáis con quién represento ser por impulso propio?

—¡No! ¡Bien sabe el Cielo que… mil torturas sufro por verme obligada a pactar con Dago Corsi!

—Entonces, ¿fue vuestro capitán el que os aconsejó requerirme?

—Fue un hombre, que de todo corso es venerado. Fue Ugo Paolo Renzo, que me hace el honor de albergarse en mi castillo.

—¿Ugo Paolo… Renzo? —Y Luys Gallardo se frotó pensativo, al enérgico mentón.

«Sandra Renzo… Idéntico apellido que horas antes había enviado trece *bravis* a apoderarse de él»…

—A veces mi memoria falla, madona. Sed benévola: ¿cuántos miembros componen la familia Renzo?

—Tres: Ugo Paolo el mayor; Conrado el menor, y Alessandra.

—Ah… ¿Y por lo visto mucha influencia ejerce sobre vuestras decisiones el llamado Ugo Paolo Renzo?

—Es hombre íntegro, patriota excelso… Noble e intachable. ¿De qué os reís?

—Integro, noble e intachable… Por favor, madona… ¿Dónde está la nobleza, la integridad y el intachable proceder de quién os fuerza a ser amable con un vil bandolero?

—¡No sois vos quién para enjuiciar a la gente honesta, que a imperativos nobles obedece!

—Error, mi buena señora. Hasta ahora os he tolerado, por galante que soy, muchas libertades. Parecéis olvidar lo más principal de Dago Corsi, para sólo sacar a relucir sus muchos defectos.

—¿Y cuál es la cualidad que poseéis y que ignoro?

—Una muy sencilla: ni vos, ni cien duquesas, me chillan, si nada

hago para merecer repulsas. No se atrapan moscardones de mi categoría con vinagre, madona… Y si Ugo Paolo Renzo os aconsejó esa actitud, me demuestra que es poco entendedor de caracteres.

Abatió ella la cabeza, y como en otra ocasión, desapareció toda arrogancia, para no quedar más que una mujer indefensa…

—Creen… —musitó con voz temblorosa—… que vos… sentís hacia mí… un sentimiento… ¡Por favor!…

—Yo terminaré, madona. Dais por fácil manejar un bandolero apasionado. Y, con sublime determinación, estáis dispuesta a prometer el sacrificio de vuestro pudor. ¿Es así?

Ella asintió, inclinando aún más la frente.

—Miradme, condesa. Fijaos bien en mi rostro… ¿Tan canalla parezco que pueda valerme de tales medios?

—Sois Dago Corsi —musitó ella, alzando el sonrojado semblante.

Miró en rededor el español. Había una imagen tallada en madera del Redentor crucificado.

—Es muy acuciante un deseo que experimento, madona Altiera. Quiero que en la nieve luzca el sol, símbolo con el que quiero extasiarme ante la sonrisa humana que dé luminosidad a vuestra serena pero fría belleza. ¿Queréis arrodillaros ante aquella imagen y jurar que cuanto yo os diga permanecerá siempre secreto? No vaciléis…

Obedeció ella, porque inconscientemente sentíase dominada por algo indefinible, que emanaba del que la hablaba.

Arrodillada, rezó:

—Juro hasta la muerte callar lo que me sea revelado.

Regresó al estrado.

Luys Gallardo aproximóse para colocarse junto al sitial.

—Ayer por la mañana, yo, Luys Gallardo, trovador errante, español de cuna, aquí vine para rescatar a un piamontés llamado Bembo. Y como si existiera una conjura, todos me llamaron Dago Corsi No revelé mi personalidad, porqué me convenía. Por la noche fui al Duino… Allá estaba el verdadero Dago Corsi arengando a sus asesinos. Tenía que entrevistarse a las cuatro de esta madrugada con Abdul Hamez, el pirata con el cual quería pactar alianza. En el bosque Farnedo, su lugarteniente murió, y preso en mi poder ha quedado el verdadero Corsi, del cual muy inocentemente, soy la

viva imagen. Ésa es la verdad, madona. Ante vos y ante todos, Dago Corsi aparece... pero el alma que os está hablando es la de un hombre, que antaño fue español caballero, y hoy siendo errante trovador, muy alta la frente proclama que sigue siendo caballero y español.

Abiertos hasta el máximo los ojos, respirando afanosamente, Altiera Montemar miraba como hipnotizada al que ahora, hincando una rodilla en el suelo, decía:

—Pacto alianza, madona Altiera. Tenéis a vuestra disposición los servicios de Dago Corsi, a cambio de una sonrisa para Luys Gallardo.

Una súbita alegría invadió el corazón de la condesa Montemar. Tendió su diestra... y cuando en ella iban a apoyarse los labios del español, éste púsose en pie, sorprendido...

En brusco arranque nervioso, Altiera de Montemar golpeaba los labios masculinos.

Y erguida, trémula, exclamó:

—Por un instante te creí, histrión sacrílego. ¡Mientes tan bien! ¡Eran tan elocuentes tus palabras! ¡Tan bella la mentira de una imposible suplantación! ¡Mil veces seas maldito, Dago Corsi, por haberme atormentado con una esperanza cruelmente falsa!

Lo que siguió también sorprendió a Altiera de Montemar. Se halló entre los brazos del trovador, quien, reteniéndola con fuerza, aplicó no obstante con suavidad sus labios recién golpeados en los tibios y entreabiertos de la doncella...

Cerrando los ojos, sintiéndose próxima al desmayo, ante la nunca sentida sensación de la masculina caricia, tambaleóse Altiera de Montemar, libre de los brazos que la sujetaban.

Descendiendo del estrado, inclinóse en reverencia Luys Gallardo.

—Fama tienes de justa, Altiera. Por eso he justificado tu castigo con mi beso. No debiste golpearme, Altiera: me acalora la sangre, y muy orgulloso soy... ¡No! ¡No llames a tus soldados!... Merece mil torturas el trovador irrespetuoso que tus labios besó... ¿pero qué lograrías? Que muriera Luys Gallardo, y que Dago Corsi siguiera siendo para ti el gavilán repulsivo... Bella es la mañana, Altiera. Ven conmigo, y te llevaré a donde con tus propios ojos compruebes que no miento y que tu esperanza es cierta... Ya apareció el sol en la nieve... Sonríes... y también hay enojo en tu sonrisa... Tres veces

me he arrodillado ante ti, Altiera… Mírame de nuevo postrado… Pero cuida tus gestos, hermosa… Tienes ante ti a un trovador que suplica perdón porque, se apoderó de la joya más preciada, para no desmentir tu renombre de justa… Un beso, madona Altiera… ¡y por él, mi promesa tienes de que Dago Corsi es tu esclavo en mi persona!

—Levantaos, trovador… Sois un impertinente aventurero. —Pero os perdono, porque quiero creer que la bella suplantación que decís haber hecho es verdadera.

—Las damas que recompensan a los trovadores los tutean, Altiera. Y ellos como juglares reyes del «gay saber» privilegio tienen de hacerlo, porque ante toda belleza se sienten atraídos.

—Cesa en tus madrigales, trovador —sonrió ella inquieta íntimamente, porque no sólo creía ya en las palabras del español, sino que sentíase extrañamente débil al recuerdo del beso que siendo embriagador, no fue contacto brusco de robada caricia—. Dame el apoyo de tu brazo, que cerciorarme quiero de que el trovador suplanta al bandolero.

Tendió Gallardo su antebrazo derecho, sobre el que se apoyó la mano izquierda de Altiera de Montemar.

—Ya amaneció el sol en la nieve, Altiera. Y tuya es la voluntad del bandolero trovador.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.